

La Esfera

Año V * Núm. 228

Precio: 60 cénts.



CAMINO DEL MERCADO, cuadro de José María López Mezquita

La belleza necesita protección
contra la acción desfiguradora del viento, de la edad, etc.

"NIEVE" ("HAZELINE"
SNOW "TRADE MARK")
(Marca de Fábrica.)

'HAZELINE'

mantendrá su cutis suave, terso
y sin arrugas

Se vende en todas las Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome y Cia., Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta.
Aquellas personas cuyo cutis requiera una
preparación grasienta deberían obtener la
Crema 'Hazeline.'

SP.P. 1401 All Rights Reserved



FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

RAMOS Especialidad en bisoños de caballero y postizos con raya natural, patentado para el último peinado.

Huertas, 7, Madrid




No debes aspirar á gloria ni grandeza cuando ellas puedan labrar tu desventura; debes oponer un escudo á tu belleza usando los productos PECA-CURA.

Jabón, 1,40. — Crema, 2,10. — Polvos, 2,20. — Agua cutánea, 5,50. — Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

ANGEL BARRIOS
DENTISTA Diplomado en Filadelfia.
Dientes artificiales, sistema americano, fijos
75, ATOCHA, 75

USE Ud
la
Magnesia
Efervescente
DEL
Dr. Frigo
QUE ES
LA MAS
ACREDITADA
DE ESPAÑA



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, **Barquillo, 3, Madrid**

Fruta laxante refrescante
contra el
ESTREÑIMIENTO
Almorranas, Bilis,
Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

TAMAR
INDIEN
GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias

UNDERWOOD



Campeón
de las
Máquinas de escribir
G. TRÜNIGER Y C.^o
Balmes, 7, Barcelona. Alcalá, 39, Madrid.
CASA SUIZA

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

Lea usted los miércoles **MUNDO GRAFICO**

FOTOGRAFÍA **BIEDMA** 23-Alcalá-23
: Casa de primer orden : HAY ASCENSOR

La Esfera

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid y provincias.....	Un año	30 pesetas
	Seis meses.....	18
Extranjero.....	Un año	50
	Seis meses.....	30
Portugal.....	Un año	35
	Seis meses.....	20

La Esfera

Año V.—Núm. 228

11 de Mayo de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ESPAÑOLA, cuadro de Aguado Arnal

DE LA VIDA QUE PASA EL DESENFRENO DEL MÁRMOL

PARA los madrileños ilustres pide un representante de la villa bustos en los jardines.

A la orgía del bronce seguirá el desenfreno del mármol. La vanidad humana requiere ese último tributo, en pocas ocasiones rendido al genio, y casi siempre ofrendado á la mediocridad. Las más veces, el transeunte pasa ante las estatuas de la vulgaridad endiosada con un gesto de desdén ó de menosprecio. No pára la injusticia en los umbrales de la Eternidad; los hombres se apresuran á perpetuarla, tallando en piedra, unas veces, el falso heroísmo; otras, la torpe inspiración, y no pocas, la iniquidad y el fraude.

Y los jardines perfumados, refugio de los niños, de los enamorados y de los soñadores, se pueblan de pedestales casi siempre mezquinos, de piedras marmóreas y lápidas con retóricas inscripciones pomposas, de plintos ornados de guirnalda, que producen la sensación, fría y supersticiosa, de los sepulcros. Al lado de las adelfas, de los rododendros, de los evónimos y las tullas, bajo las copas de los álamos, de las acacias y los eucaliptos, en donde modulan sus alegres gorjeos las tribus de pájaros errantes, cabe los macizos de rosas, de geranios y de claveles, que sugieren con sus tonalidades encendidas y sus perfumes vírgenes, espasmos de renovación, la idea de la muerte surge evocada por los modernos cenotafios, por los artificios lapidarios misérrimos, en que se yergue un busto inexpresivo, yerto, hierático, pleno de odiosa vanidad póstuma y de rígido orgullo, sobre sus laureles de calamina. Pero el jardín deja de ser bello cuando pierde su carácter de escondrijo sensual, de parnaso florido, de laberinto agreste, para convertirse en pinacoteca, en galería de retratos, y, sobre todo, en repulsiva necrópolis. ¿Qué hace aquel caudillo anciano, envuelto en su ropón de campaña, sobre su deforme corcel, trepador de la roca monstruosa, sobre el estanque plácido, de linfas serenas y apacibles, en donde alisan sus plumas las aves acuáticas con la actitud gloriosa y triunfal del cisne de Anderssen? ¿Qué significa el ridículo y grotesco templete, custodiado por leones que, á no ser de granito, rugieran su vergonzosa deformidad, sustentado por columnas inarmónicas, cubierto por su cúpula chocarrera, lleno de letreros dorados de tosca metalurgia, junto á las praderas verdeguantes, lujuriosas, ingenuas, á no ser el presentimiento de la muerte y la contemplación de los vanos

alardes póstumos, propios del patio de una Sacramental? ¿Qué son esos bustos mezquinos y esas piedras que semejan sarcófagos, sino estorbos á la alegría de los pequeñuelos, al esparcimiento de los adultos y á la meditación de los

ancianos? La Naturaleza ha perdido su magnificencia; la mano del hombre se ve ya demasiado en los enarenados caminos, en los ridículos templete rústicos, en las cascadas artificiales y en los lagos infectos. ¡Y es menester aún sembrar las praderas de figuras de mármol, de losas escritas y de alegorías mortuorias! ¡Y es fuerza aún que, en medio de las espesuras reconvertidoras del espíritu, sepan todavía los tristes, los ingenuos y los abatidos que hay en el universo guerreros, políticos, administradores y vulgares mercaderes del arte, que apagan, con su sola presencia, toda llama de idealidad!

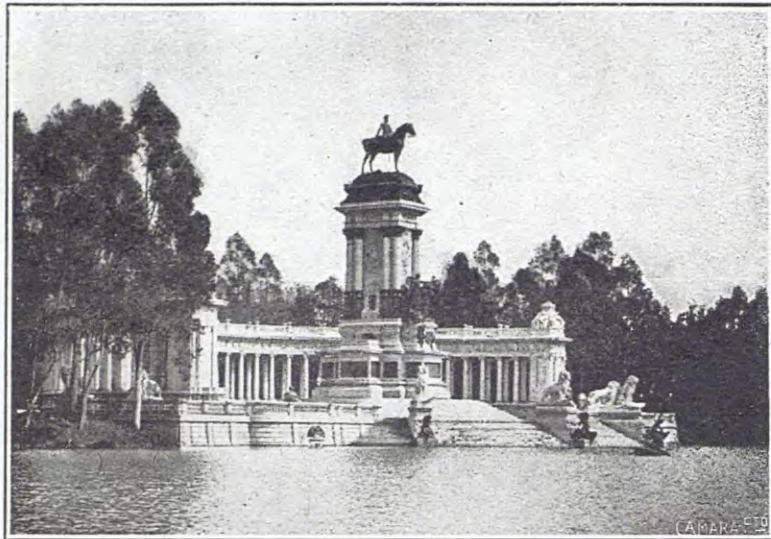
No: dejad los jardines solitarios, apacibles, alegres, cuando el sol penetra á través de sus enramadas para reflejarse en las aguas ó dorar las arenas sobre que saltan los pinzones; melancólicos cuando avanza el crepúsculo y las aguas

nos, traducida en el parto genial y duradero. Yo quisiera hacer algo, tan humano, tan calladamente fecundador, que mereciera ser recordado, y que, al mismo tiempo, se olvidara mi nombre para perderse en el infinito Nirvana de los amores y de las ideas. Quisiera que, al pasar junto al bloque de mármol, los niños sonrieran, los enamorados alzarán sus pupilas, radiantes por la emoción apasionada, y los tristes se estremecieran, como ante un poderoso conjuro, y los viejos se consolaran, soñando con un porvenir infinito en el tiempo y en el espacio. Hacer algo..., crear algo..., dar forma á una idea, á una comprensión, á una idealidad inefable y luego morir, morir en la tierra para siempre, sin bustos ni lápidas, pero dejando en todas las frentes una luz y en todos los pechos una sacudida. Incapaz de hacerlo, ¿qué me importa que un piadoso amigo se proponga elevar mi busto sobre un prado de amapolas ó de clemátidas? Mi obra no existe, mi labor es nula. ¡Evitadme, oh amigos, mañana, el rubor póstumo, y tallad vuestros bloques, no para los hombres, sino para lo que hicieron de bueno y de gozosamente inefable!

¿Queréis rendir tributo á vuestros paisanos insignes? Alzad sobre los plintos sus creaciones inmortales. En una ciudad colocad, cubierta de flores marchitas, la doliente figura de Marianela; alzad en otra el ímpetu gallardo de Manelich; muestre allá Crispín su osadía; acullá su denuedo, Tenorio; en otro lugar, su abismamiento fatal, D. Alvaro, y, en todas partes, modelad los simbólicos grupos que den plástica forma á la obra, que lo es todo.

¡Oh, dichosos los tiempos en que toda labor fuera anónima, en que se ignoraran los nombres de los supremos y magnos artifices de la verdad y de la belleza, para consagrar toda admiración á lo impersonal y á lo que en ellos mostró su sello divino! Las más sublimes creaciones humanas tendrían la majestad del Romancero, de la catedral de León, de las gestas inolvidables y de las evocadoras ruinas románticas. Faltos de toda recompensa, no esperando ni el lucro ni la gloria, solamente trabajarían con entusiasmo los verdaderos sabios, los artistas de corazón; lo harían por puro amor á lo verdadero y lo bello, y una codicia impura y un recelo grosero y una ambición mezquina y despreciable no empañarían su virtud, ni desviarían su actividad, para que mostraran, como muestran sus bustos, el sello de egoísta ambición y de envidiosa vanidad que tuvieron en vida. ¡Glorias sin nombre, magnificencias y bellezas sin rótulo, como el susurrar de las aguas, como el murmullo de las selvas, como la palpación de los nidos, como el imperceptible hervor de los surcos calientes!...

ANTONIO ZOZAYA



Monumento á Alfonso XII, en el lago del Parque de Madrid



Estatua del general Martínez Campos, en el paseo de coches del Retiro



Monumento á Campoamor, existente en el Retiro

FOTS. SALAZAR

se deslizan rumorosas y cristalinas en las albercas y se esconden en los remansos y resurgen victoriosas en los ateneos. Las glorias efímeras humanas nada tienen que hacer allí. Sobre ellas, deformándolas, anulándolas, se alzarán, siempre triunfadora, la magnificencia de la Naturaleza inmortal. Yo también hubiera querido que algún día, en mi honor, un artífice tallara la piedra, y que de sus manos ágiles y nerviosas, trémulas por la inspiración y el fervor estético, surgiera una obra acabada, sublime, que fuera admiración y embeleso de las multitudes. Pero esa obra admirable no quisiera que representara á un ser pobre y humilde, ni menos soberbio y enfatuado, sino á una obra eficaz, á una labor generosa y fecunda, á una invocación á la belleza eterna. ¿Qué importa el nombre, ni menos la figura del artista y del creador? Lo importante es la obra realizada, su labor genial, su comunicación con todos sus herma-



EL ESPÍRITU DEL MAL



A la entrada la otra tarde, como de costumbre, en la librería de Fé, me sorprendió encontrar hojeando un libro, *Sobre la mejor manera de aprender el calor*, á mi buen amigo Luciano, el ahijado del famoso M. Bergeret.

—¿Usted en Madrid?—le pregunté, abrazándole.

—Sí, señor—me replicó, correspondiendo con la misma efusión á mi prueba de afecto. Es decir, creo que estoy en Madrid, pues jamás debe el hombre considerarse seguro de nada.

En esta honda observación reconocí al buen discípulo del sereno M. Bergeret.

Luego añadió:

—Me he casado con Paulina, la hija de mi sabio protector. En seguida pensé á dónde iría á pasar la luna de miel, si en las trincheras ó en Madrid. Y me pareció más cómodo venir á España... Sólo que, al cabo de cuatro días que hace que he llegado, me parece que mejor hubiera sido disfrutar de la luna en las trincheras.

—¿Tan mal le va á usted por aquí?

—¡Oh! No, no... Todo el mundo me distingue y me mima, lo mismo que á mi mujer. Reconocen en España que los franceses pertenecemos á una raza de héroes, y que allí donde yo estoy está Francia, y me rinden los debidos homenajes. Aunque hace pocos días que resido en Madrid, me honro con la amistad de muchas personas de posición. Algunas me tratan con familiaridad tan bondadosa, que ya hasta me piden dinero. ¡Oh, qué cariñosos son los españoles!

—En ese caso, no comprendo la razón que le ha sugerido la idea de preferir ahora las trincheras á Madrid.

—Es muy sencillo. Yo supuse que España era un país diferente de los demás en todos los aspectos. Arrinconado, por decirlo así, tras de los Pirineos, cumbres valladares de la civilización mundial, creí que no se habría contagiado con la insania que, aparte de la guerra, agudiza todas las concupiscencias. Por desgracia, me he equivocado. Si me fijo en los de arriba, advierto que los ministros, como en todas partes, han perdido la cabeza y se dedican al disfrute de satisfacciones personales. La aristocracia cultiva como un *sport* la beneficencia, bien por distracción, bien por hacerse perdonar de los de abajo el olvido desdenoso de muchos siglos, y de ese modo reconquistar una seguridad en los goces de la vida, que va perdiendo rápidamente. La alta burguesía, hinchada como hidrúpica de millones, devora ansiosa, cual bestia tentacular, todas las energías de la nación, sin advertir el riesgo que le amenaza. La baja burguesía perece cobarde y resignada, masticando piltrafas de carne y panecillos fabricados de

un soplo, como las vasijas de cristal. Y la clase obrera brama y se encabrita, voceando y enseñando los puños; pero el temor á morir ahogada por su sangre se sobrepone al suplicio de verse vencida por el hambre. Y esta que en el Extranjero es conocida por la tierra de los dones, al sufrir la opresión de la angustia precursora de la catástrofe, ¿por qué, como el Tajo, no echa el pecho fuera y los brazos al aire en defensa de su vida contra el común enemigo?

—¡Bah!—le repliqué, sonriendo—. ¿No se fija usted que el español es sobrio? Vivimos con nada. A veces, nos contentamos sólo con la promesa de comer... Y nos... prometido que después de la guerra comeremos. Ya debe faltar poco.

—Las palabras de usted—repuso Luciano—son un calmante de mi indignación y desvían mi pensamiento hacia otros cauces... En efecto: nadie es culpable de nada. Nuestro Diderot lo declaró así en su *Jacques le fataliste*. Y sus aseveraciones fueron santamente confirmadas por un abad m... del convento de Ibern, sucesor de San Mael, el bautista de los pingüinos. Por otra parte, ya dijo el famoso escritor de Alca que la vida de un pueblo es un tejido de crímenes, de miserias y de locuras.

—Exacto. Por eso la renovación ó la regeneración es imposible.

—Sí, sí; es imposible. Sobre la voluntad humana flota y pesa otra voluntad más fuerte.

—La de Dios.

—No, señor. La del espíritu del mal. ¿A quién sino á él se debe el desencadenamiento de esta guerra maldita y la subversión de las ideas y de los valores en todo el mundo?

—Es posible.

—¡Y tan posible! Ahora recuerdo la revelación que tuvo, descifrando ciertas trozas de la Biblia, un fraile que en su primera encarnación fué Jacobo el Filósofo.

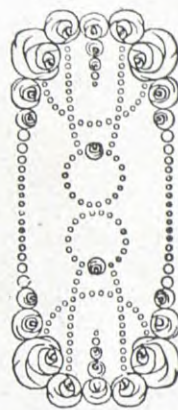
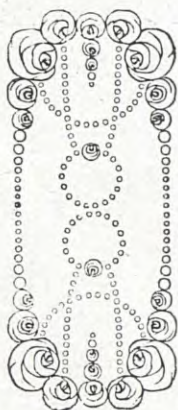
—El prudente consejero de los hiperbóreos?

—El mismo. Cansado de trabajar para otros, sin que de ese trabajo cosechase el suficiente sustento, ni siquiera la gratitud de sus señores para el esfuerzo que los enriquecía y encumbraba, el primitivo Jacobo el Filósofo, luego ganó, abandonó la odiosa gleba y corrió á ocultar sus desengaños en el reposo beatífico de un claustro. Erguióse el monasterio sobre una colina, donde el romero, la mejorana, las amapolas, las margaritas y la manzanilla tejían en derredor del santo asilo una eterna y vistosa corona, que semejaba ofrenda del cielo á la paz de aquellos hombres. Jacobo fué acogido con fervoroso regocijo. Y el abad, en premio á su vocación religiosa, le otorgó la merced de jardinero. Cuidar de las flores y orar. ¿Podía pedirle ocupación

más hermosa? Como el jardín estaba como un sol, merced al esfuerzo del nuevo fraile, mostróle el abad su reconocimiento, encargándole también de la huerta. Jacobo aceptó la nueva carga, y redobló sus energías para satisfacción de la Comunidad. Y, poco á poco, acrecentóse tanto el amor del abad y de los frailes por el laborioso novicio, que dejaron á su cargo también la limpieza y la cocina del monasterio. Así es que Jacobo llegó á punto de no disponer de tiempo para descansar. Hizoselo así presente al abad; pero éste le replicó: «Hermano: llévete todo en paciencia, que ya sabe que con ella se gana el cielo.» Y un día que, harto de cavar, se distrajo en la lectura de la Biblia, vió con asombro que, unidas las letras de varias parábolas, decían: «Dios, cansado de las ruindades y miserias de la Humanidad, la ha abandonado á su destino. De hoy en adelante imperará el espíritu del mal sobre la tierra.» Tal fué la revelación. Y así está el mundo. El espíritu del mal ha encontrado asilo hasta en el corazón de los hombres.

Luciano calló un momento; luego añadió: —Yanos veremos... Yo no saldré de Madrid tan pronto... Necesito saber de memoria este libro, *Sobre la mejor manera de aprender el calor*.

R. Hernández Bermúdez



HOMENAJE Á RUBÉN DARÍO

Oro de luz de sol, fundido en la armonía de un canto de la maga siringa del dios Pan. Y el milagro de azul con que se anuncia el día sobre el cráter hirviente de un altivo volcán.

Tan sólo así concibo la mente del poeta de los divinos versos y pensamientos grandes, que recogió los cantos del ave gypaeta y remontó los vuelos del cóndor de los Andes.

Viviente en el cerebro la ilusión de la infancia, en la palabra el ritmo cadencioso de Francia, y en el verso una abeja hilandera de miel.

El corazón sangriento, cual el de un Cristo humano, y sumiso y humilde, lamiéndole una mano con su lengua de fuego, un dentado lebril.

Fué el Prometeo de un siglo, que robó de los cielos las luces de los dioses del verso parnasiano, y arrancando á las Noches las sombras de sus velos nos mostró las airadas centellas en su mano.

Sumidos en el antro sombrío de su arcano, los bardos antañones aullaron febriles, pero El mostró á los hombres su corazón humano y les puso una estrella de luz sobre las frentes.

Una tarde el Señor, queriendo del Divino escuchar las estrofas, le señaló el camino de la Gloria soñada. Y al áureo mundo ignoto fuése ungido en perfumes de fragancias suaves...

En la selva panida entonaron las aves, como homenaje, un cántico, que era un alado ex voto.

Maestro:

A la luz de la aurora da sus luces tu estro,
y al doliente nocturno das tu melancolía.
Tañen las dulces lirás un canto de armonía...
¿A dónde van los poetas?... Siguen tu huella: El Día.

A la América tuya dan sus cantos las lirás,
y Pan de su siringa arranca graves sonos...
Y se anuncian los negros heraldos de las lirás
con las trompas solemnes de los rudos ciclones.

Han crujido los Andes y ha graznado el condor.
¿Qué es, qué pasa, qué ocurre en la tierra del oro?
¿Cuál ha sido la causa de este inmenso temblor?
¿Por qué Pegaso lanza su relincho sonoro?
¿Por qué trota la Pampa abrasadora, el toro?
¿Y ese son de clarines? ¿Y ese recio atambor
que, incansable, redobla, entre el sordido coro?...
¿Es que los yankees llegan, señores del Terror!
¿Llegan los yankees?... Bueno... Y, bien: ello, ¿qué
[importa?]

Sólo la Historia es grande... Nuestra existencia es corta...
El Pensamiento, luces entre la inmundicia escoria...
Ya lo dijo el Divino: «Serán los dueños»... Pero
en la luz del Futuro vibrará vuestro fuero:
¡Porque ellos no podrán librarse de la Historial

Xavier BÓVEDA

DIBUJO DE VÁZQUEZ DÍAZ

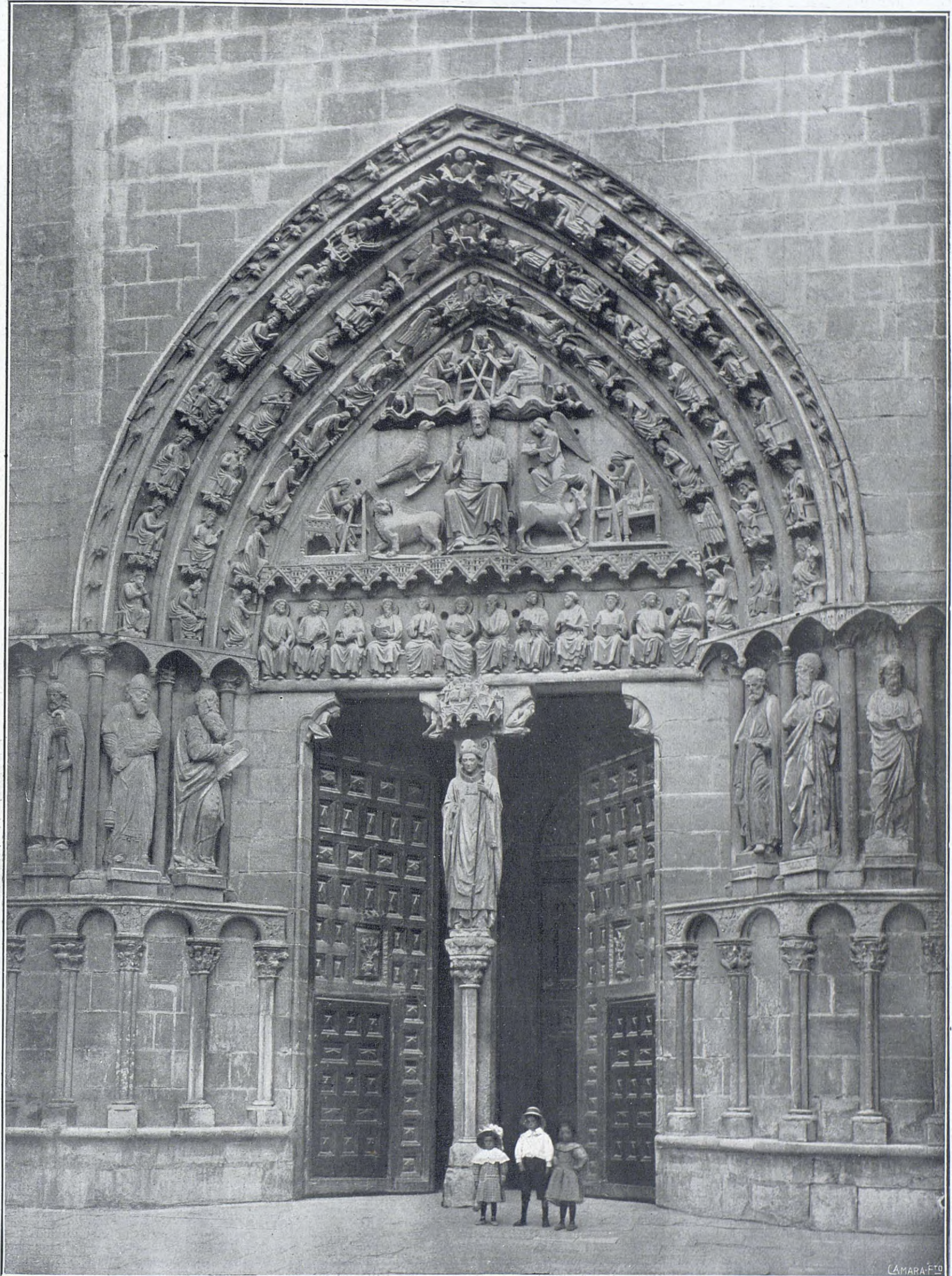
LA ESFERA

JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



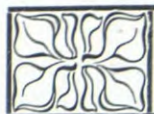
CRISTO Y LOS DOS PECADORES, cuadro de Luis Morales, "el Divino"

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

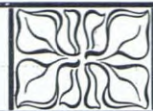


PUERTA DEL SARMENTAL, DE LA CATEDRAL DE BURGOS, MAGNÍFICO EJEMPLAR DEL ARTE ESCULTÓRICO-RELIGIOSO EN ESPAÑA, Y DE EXTRAORDINARIO VALOR ARQUEOLÓGICO

FOT. VADILLO



CUENTOS DE "LA ESFERA" EL MAQUINISTA



ERA Filiberto Albert uno de los mejores maquinistas de la estación del Norte de París.

Tenía treinta y cinco años, y hacía quince que dirigía el sudexpreso, sin que en este espacio de tiempo le hubiera ocurrido ningún percance de los que son tan frecuentes en las líneas ferroviarias.

Filiberto estaba enamorado de Dolores Sasson, la muchacha más bonita del barrio de Saint Honoré.

Era Dolores el encanto y la admiración de cuantos la conocían, no sólo por su belleza, sino por su virtud y sus bondades, que no aventajó jamás mujer alguna. No es, pues, extraño que Filiberto, hombre dotado de corazón sensible y de alma no vulgar, adorase con locura a Dolores, que, por su parte, correspondía vehementemente a la pasión del maquinista.

Cuatro años llevaban de relaciones los jóvenes, y sólo esperaban el próximo ascenso de Filiberto para que la boda se realizase.

Cuando el tren corría tragando la distancia, aproximándose a la gran ciudad, el maquinista, sobre su poderosa bestia de hierro, sentía ensancharse el alma y dilatarse los pulmones al pensar que ella, su *florete de nieve*, como él la llamaba, esperaba, anhelante, allí, tras el balcón lleno de flores de su casita, que, andando el tiempo, había de ser el nido de amor de los futuros esposos; y Filiberto, a semejanza del jinete que espolea su caballo, golpeaba violentamente la negra y lustrosa grupa de la locomotora, como si quisiera apresurar su vertiginosa marcha, pareciéndole poco aquellos ochenta kilómetros por hora que recorría.

Las montañas, las cañadas, los valles, pasaban ante él como sombras. Sólo anhelaba llegar, llegar para verla, para oír su voz, para decirla todas esas cosas que sólo saben decir los enamorados.

Allá, entre los tenues reflejos del matinal crepúsculo, los resplandores de la luz meridiana o el capuz de las sombras nocturnas, veía destacarse su perfil adorado, como si fuera una aurora que se levantara en la mitad del día. ¡Era ella! ¡Era ella! La única ilusión de su espíritu; la que para él reunía y completaba, así en su ser físico como en su ser moral, todos los atractivos, todas las perfecciones, todas las grandezas humanas y divinas. ¡Era ella! La luz fantástica del delirio, de que habla Edgardo Poe, con sus ojos negros, su cabellera rubia, sus labios rojos, sus dientes blancos, su cuello de cisne, su pecho turgente, sus torneados brazos, su talle leve y sutil, que tenía la esbeltez del talle de aquella diosa que Fidias esculpió en el soberbio pórtico del Partenón de Atenas.



CAMARAFID

MANUEL C. — ESPI —

Y entonces Filiberto, sumergido en el ensueño, resplandecía de gozo, y, siguiendo golpeando a la máquina, exclamaba anhelante: «¡Más de prisa, más de prisa, querida mía, que voy a verla!»

Pero, así las cosas, sobrevino un accidente terrible. Dolores enfermó de gravedad, y los médicos hubieron de poner en conocimiento de la familia que la lesión que minaba la salud de la enferma era mortal necesariamente.

Cuando Filiberto recibió la cruel noticia, pareció que todos los astros se derrumbaban sobre su cabeza. Tan anonadado quedó, que él, inteligente como pocos, permaneció durante muchas horas atenuado bajo la soporífera garra de la estupidez.

Aquello era inaudito. ¡Morir ella! ¡Su Dolores! ¡Su *florete de nieve*! ¡Ah, no! ¡Aquello no podía ser! Y tenía que ser, sin embargo, por inexorable designio de la fatalidad. El maquinista, dominado por el solo pensamiento de la pró-

xima tragedia, sentía incrustarse en su cerebro las uñas del delirio.

El mal continuaba su carrera. La flor iba marchitándose poco a poco. El lirio se agostaba. La ciencia era impotente para devolver al capullo su antigua lozanía. Prolongaba su existencia. Nada más.

Y al fin llegó, como llega todo lo inevitable. Dolores había entrado en el período agónico. Sus padres y sus hermanos sollozaban abrazados a la moribunda. Filiberto, en pie, junto al lecho, rígido como una estatua y amarillo como la cera, hacía violentos esfuerzos para no estallar en sollozos.

Iban a dar las seis de la tarde. A las siete salía el sudexpreso. Filiberto estaba de servicio aquella noche.

Un antiguo reloj de pared, colocado en la alcoba, parecía que anunciaba, con su monótono tic-tac, los últimos momentos de Dolores.

De pronto, en medio del ambiente de angustia de aquella estancia, sonaron seis vibraciones metálicas, Filiberto, como un sonámbulo, miró a la esfera que señalaba las horas; precipitose sobre el lecho, besó a Dolores en la frente y salió.

Llegó a la estación. El fogonero, Pedro Lagrange, advirtió algo anormal en el semblante del maquinista, y adivinó lo sucedido.

—¿Ha muerto?—le preguntó.

—Sí—le respondió lacónicamente Filiberto.

Sonó la hora de la partida, y el tren se puso en marcha.

Pasaron dos estaciones.

El fogonero guardaba silencio, comprendiendo lo que pasaba en el alma del maquinista.

De repente, éste se lanzó sobre el regulador, y abrió la válvula.

—¿Qué hace usted, maestro?—gritó Lagrange aterrado.

Filiberto, agarrado al regulador, no contestó. Entonces Lagrange, comprendiendo que el maquinista se había vuelto loco, se lanzó sobre él para que soltara el regulador, entablándose entre ambos una lucha terrible.

El tren volaba.

Las estaciones pasaban como sombras.

Por fin Filiberto, que seguía sin soltar el regulador, cayó de pronto, agitándose convulsivamente.

Entonces Lagrange detuvo el tren, al mismo tiempo que hacía lo mismo otro de mercancías que caminaba en dirección opuesta y que había visto al sudexpreso, quedando ambos trenes parados a pocos pasos de distancia.

PEDRO BARRANTES (†)

DIBUJO DE ESPI

POESÍAS

Para quererte, al destino
le he puesto mi corazón.
¡Ya no podrás libertarte
—¡ya no podré libertarme!—
de lo fatal de este amor!

No lo pienso, no lo sientes;
yo y tú somos ya tú y yo,
como el mar y como el cielo
cielo y mar, sin querer, son.

Te pusiste de pie
sobre mi corazón, artera,
para alcanzar la baja
estrella.

¡Oh, qué horrible dolor!
Tú no oíste el aullido de mi pena,
porque llegó—por otra ruta,
que la de tu caída y torpe fiesta—
á las estrellas
verdaderas.

CONVALECENCIA

Sólo tú me acompañas, sol amigo.
Como un perro de luz, lames mi lecho blanco;
y yo pierdo mi mano por tu pelo de oro,
caída de cansancio.

¡Qué de cosas que fueron
se van... más lejos todavía!
Callo
y sonrío, igual que un niño,
dejándome lamer de ti, sol manso.

... De pronto, sol, te yergues,
fiel guardián de mi fracaso,
y, en una algarabía ardiente y loca,
ladras á los fantasmas vanos
que, mudas sombras, me amenazan
desde el desierto del ocaso.

ÁRBOLES ALTOS

¡Abiertas copas de oro deslumbrado,
sobre la redondez de los verdores
bajos, que os arrobáis en los colores
mágicos del poniente enarbolado;

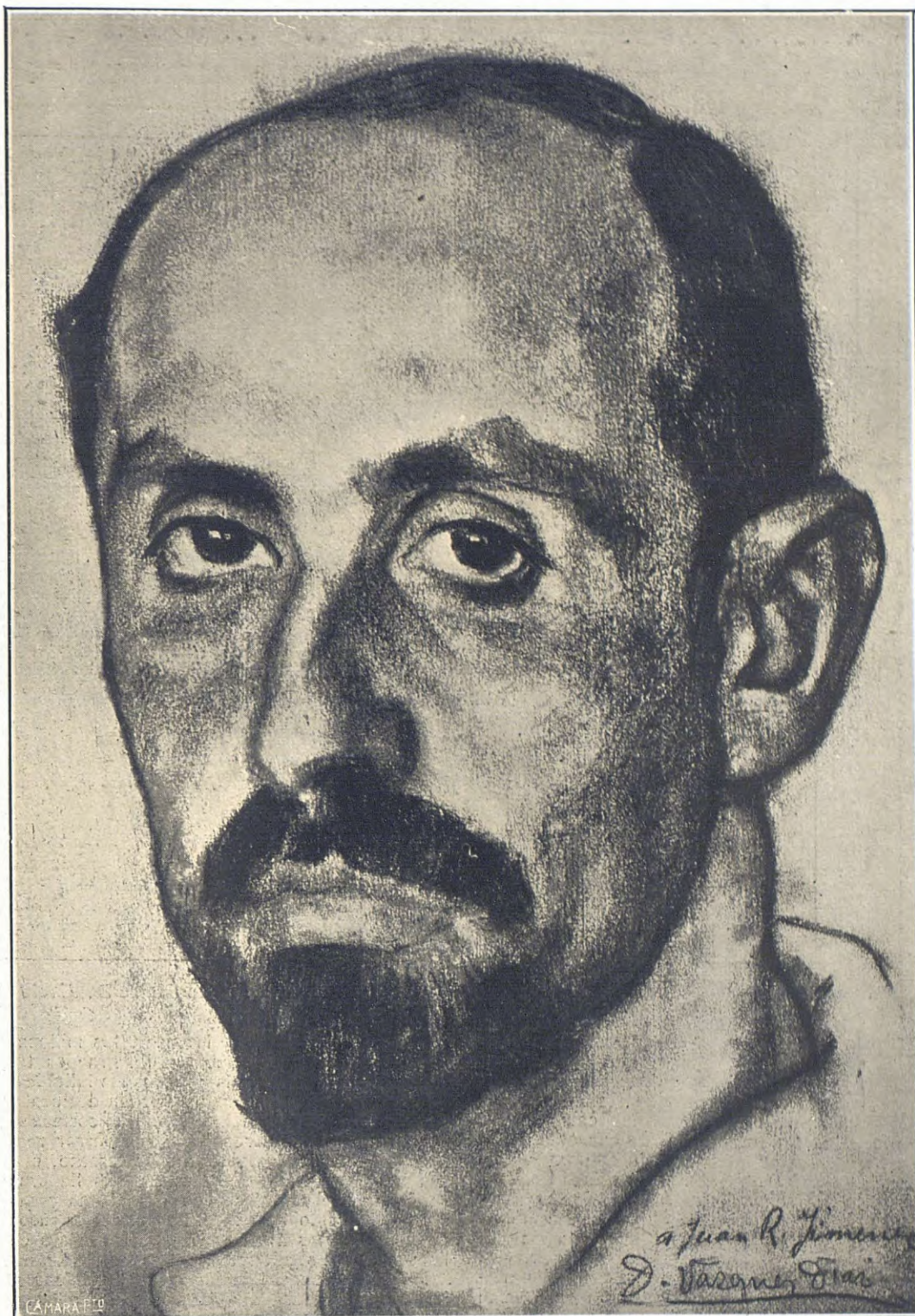
en vuestro agudo éxtasis dorado,
derramáis vuestra alma en claras flores,
y desaparecéis en resplandores,
ensueños del jardín abandonado!

¡Cómo mi corazón os tiene, ramas
últimas, que sois ecos, y sois gritos
de un hastío inmortal de incertidumbres!

Él, cual vosotras, se deshace en llamas,
y abre á los horizontes infinitos
un florecer espiritual de lumbres!

DISPERA

Ya, en el sol rojo y ópalo del muelle,
entre el viento lloroso de esta tarde



Retrato de Juan Ramón Jiménez, por D. Vázquez Díaz

caliente y fresca de entretiempo,
el barco, negro, espera.

—Aún, esta noche, tornaremos
á lo que ya casi no es nada,
—á donde todo va á quedarse
sin nosotros—,
infieles á lo nuestro.
Y el barco, negro, espera—.

Decimos: ¡ya está todo!
Y los ojos se vuelven, tristemente,
buscando no sé qué, que no está con nosotros,
algo que no hemos visto
y que no ha sido nuestro,
¡pero que es nuestro porque serlo pudo!

¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós á todas partes,
aun sin irnos,
y sin querernos ir y casi yéndonos!

... Todo se queda con su vida
que ya se queda sin la nuestra.
¡Adiós, desde mañana—y ya sin casa—,
á ti, y en ti, ignorada tú, á mí mismo,

á ti, que no llegaste á mí, aun cuando corriste,
y á quien no llegué yo, aunque fui de prisa,
—¡qué triste espacio en medio!

... Y lloramos, sentados y sin irnos,
y lloramos, ya lejos, con los ojos
contra el viento y el sol, que luchan, locos...

La luna blanca quita al mar
el mar, y le da el mar. Con su ternura,
en un tranquilo y puro vencimiento,
hace que la verdad ya no lo sea,
y que sea verdad eterna y sola
lo que no lo era.

Sí.
¡Oh, sencillez divina,
que derrotas lo cierto y pones alma
nueva á lo verdadero!
¡Rosa no presentida, que quitara
á la rosa la rosa, que le diera
á la rosa la rosa!

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

SANATORIOS PARA LA PAZ

CÓRCEGA, INVERNADERO



Un acantilado en las cercanías de Bonifacio

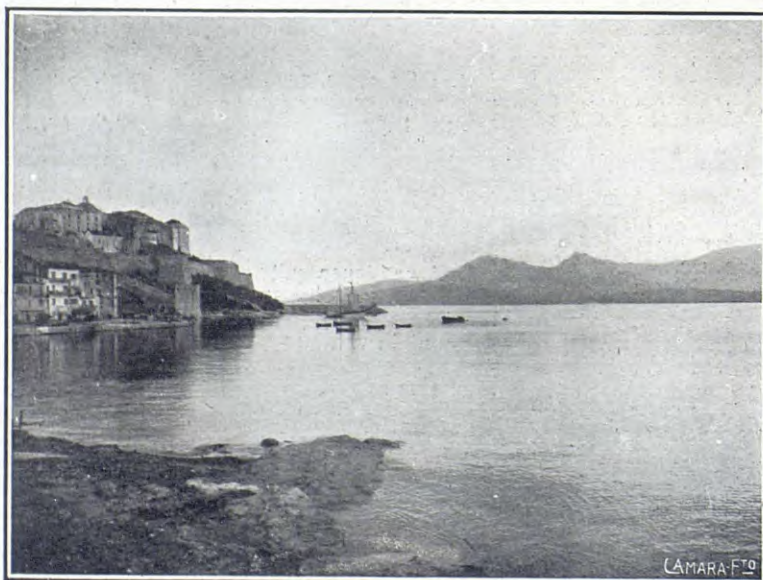
Ciertamente, la guerra, que va camino de convertirse en la histórica de los cien años, ha trastocado todas las orientaciones de la vida europea, y lo malo es que sus consecuencias definitivas no se comprobarán hasta algunos años después de consolidarse la paz. Así, he aquí que en la costa paradisíaca, donde, entre piedras bravías y jardines floridos, se alzan Montecarlo y Niza, se advierte ya uno de los más graves daños de la guerra: la desaparición del príncipe ruso. La revolución y la desmembración del gran Imperio moscovita lo ha despojado de sus bienes. Con categoría principesca, ó sólo con título nobiliario, aparecían cada año en la orilla del Mediterráneo unos cuantos rusos, que asombraban á las gentes con sus dilapidaciones y sus extravagancias. Adviértase, para darse idea del significado que en este caso tiene la palabra dilapidación, que Niza y Montecarlo eran ciudades de lujo y de vicio,

donde se recluían, para invernarse, los millonarios, los locos, los manirrotos, los grandes tahures de todas las razas y todas las latitudes. Sobre esta muchedumbre abigarrada destacaba siempre el señor feudal de Rusia, el cortesano ó pariente de los zares, á quien el favor real había donado leguas y leguas de terreno, con sus bosques de ricas maderas y sus llanuras sembradas de cereales, con sus aldeas y sus siervos. Y esto se acabó. Los príncipes rusos no vendrán más á ser piedra de escándalo en las orillas del Mediterráneo.

Pero vosotros, espléndido vergel de Baleares, jardines encantados de Cataluña y de Valencia, playas deliciosas de Alicante y de Andalucía, refugio adorable de la bahía de Cádiz, ¿no advertís que la guerra está engendrando una nueva economía en el mundo entero, y preparando un nuevo modo de vivir, de trabajar, de divertirse, de perfeccionarse, de solidarizarse el in-

dividuo con el Estado y con la comunidad humana?

Ciertamente, la guerra, con sus realidades bárbaras, está preparando sociedades mejores, más justas, más reconocedoras del derecho de todos. Montecarlo y Niza, por ejemplo, y, en realidad, toda la costa, desde Vintimille á Marsella, simbolizaban la injusticia y el privilegio. Cuando la guerra pase, no hará falta ser príncipe ruso para deleitarse en las bellezas de aquellos paisajes, ni gozar los encantos de aquel clima. Una gran descentralización de la riqueza, una mejor organización del trabajo y del tráfico, una mayor competencia en la lucha mercantil, una más intensa utilización de los tesoros naturales que estaban inexplorados y una intervención del Estado más activa y minuciosa, harán que el dinero circule más y que gocen de bienestar un mayor número de ciudadanos. Esto es: habrá menos privilegiados y más ricos.



Golfo de Colvi, en Córcega



Fondo del golfo de Porto

He aquí que los pueblos previsores del Mediterráneo hacen sus cálculos ya, no sólo contando con esta transformación económica, sino también con que cuando la guerra brutal termine, cuando depongan las armas los millones de hombres que hoy combaten, harán falta millares de sanatorios, no ya para los lisiados y los heridos, sino para cuantos hayan tenido la suerte de que no les alcancen los proyectiles en las tremendas batallas. Imaginad los enfermos del corazón, los desquiciados del sistema nervioso, los perturbados cerebralmente, los dañados en la vista y en el oído que irá devolviendo á sus hogares la línea de fuego. ¿Dónde restaurarán sus fuerzas? ¿Dónde recobrarán la salud?

Así, yo os digo, espléndido vergel de Baleares, jardines encantados de Cataluña y de Valencia, playas deliciosas de Alicante y de Andalucía, refugio adorable de la bahía de Cádiz, apresuráos á imitar lo que está haciendo Córcega. Hace tiempo, la isla bravía que engendrara el genio de Napoleón, y donde Próspero Merimée conociera á Colomba, la hermana espiritual de la española Carmen, se preparaba para ser estación invernal. Ya iba desapareciendo la leyenda de sus bandidos, de sus trágicas venganzas, de sus luchas campales entre familias y aun entre pueblos. Como en Andalucía, ya podía el extranjero abismarse en la soledad de las playas ó escalar las abruptas montañas sin que los indígenas le molestasen. Las campiñas donde crecen la palmera y el limonero, el olivo y la vid, los claveles y las azucenas, se han ido llenando de hotelitos coquetones, festoneados de jardincillos, que el extranjero puede alquilar por unos

centenares de francos. En las ciudades, en Ajaccio sobre todo, se ha realizado una obra de europeización completa; recorriendo sus calles rectas, con sus casas de cinco pisos, os creéis en cualquier ciudad del Mediodía francés ó del Le-

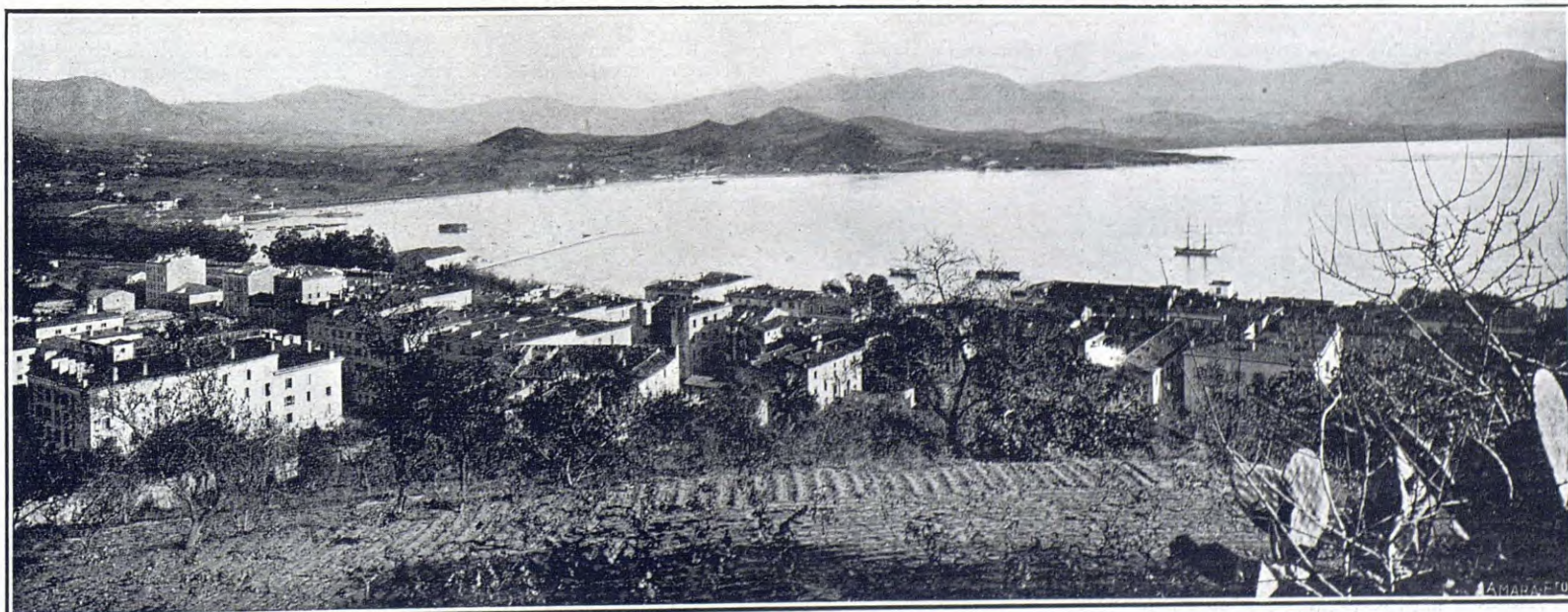
vante español. Así, llena de bellezas naturales, con playas apacibles y costas bravías, con pinares donde la resina embalsama el aire, y bosques encantados donde Dafnis y Cloe reanudarían el idilio helénico, Córcega se dispone á ser el sanatorio de la guerra, la estación invernal donde acudirán en peregrinación cuantos hayan sentido la conmoción brutal de las batallas en las líneas de fuego.

¿Por qué los pueblos españoles no han de prepararse para realizar una obra semejante? La paz se acerca; en vano los estadistas y los diplomáticos y los que se enriquecen en la hecatombe europea querrán prorrogar las horas de la tragedia. La paz tardará tres meses, tardará seis, tardará un año, más aún si queréis. Pues apenas es plazo suficiente ese para que los pueblos del litoral español se prepararan para convertirse en estaciones invernales y se sindicaran para la propaganda. Calculad cuántos soldados hay en los ejércitos alemán y austriaco, italiano, francés é inglés que, al firmarse la paz, querrán reconquistar su salud, equilibrar sus nervios, alejar de sus oídos el eco de los cañones y el recuerdo del fragor de la batalla. Son dos ó tres millones; más acaso. Ahora que la Comisaría Regia del turismo estudia el desarrollo y propaganda de balnearios, estaciones de altura y sanatorios, ¿no es momento de hacer un esfuerzo para que no se lleven esta corriente de riqueza, á la vez que Córcega, Argelia é Italia, Chipre y Egipto? No el Gobierno, sino cada pueblo y cada Ayuntamiento deben responder á esta pregunta.

AMADEO DE CASTRO



Uno de los barrios de Bonifacio, sobre el acantilado



Golfo de Ajaccio, visto desde tierra firme

FOTS. DE LOYER

LA HORA CORDIAL



HUBO un tiempo en que la hora del té era algo brillante y arbitrario, un preludio de las doradas horas de la noche. El *flirt* discreto, el coqueteo amable en los *boudoirs* perfumados de rosa y templados por el fuego campesino de los leños, había dejado paso a las exhibiciones en los tés-tangos de los *Palaces* mundiales, y estos mismos acababan por parecer pobres junto a los alcázares del baile, el *Sans souci* ó el *Palais des danses*.

Se encargaban las mesas con ocho días de anticipación; se daba *un Luis* de propina al *maitre d'hôtel* para que reservara buen sitio; se pagaban cinco francos por el té, otros cinco por entrar, y, al fin... se aburría uno con dignidad.

Bajo una luz excesiva, en el local demasiado grande, marcado por su índole misma de falta de intimidad, á los ecos de la música, que tañían sudorosos, arrebatados, con cierto aire de cangrejos cocidos, los *tziganos*, bailaban las parejas los lánguidos, pegajosos y un poco escabrosos pasos del tango argentino, de la *matchi* brasileña ó del *rage-time-flirt*. Las mujeres, pintadas, estucadas, maquilladas de los más absurdos afeites que podían ocurrírseles á Dorin, á Rimmel ó al Dr. Lys, con los pelos de oro, de plata, azules, violetas, y los rostros empolvados de verde, de ocre, de rosa, vestidas por Poiret, con fabulosas capas rieladas de argentadas flores y de áureos bicharracos, agobiadas de pieles fabulosas y adornadas por las joyas dignas de una Belkis que creaban Cartier, Lacroche ó Marzo, eran todas iguales en su convencional silueta, no tenían edad, ni nacionalidad, ni tipo; eran *Vagué* ó *Bon Ton*, sencillamente.

Los hombres dividíanse en tres categorías: el *gigolo* ambiguo, verdadera bestezuela de amor; el hombre maduro, el argentino ó peruano, con fez olivácea, negras pupilas de carbunco y facha de aventurero, y el viejo, pulcro y elegante,

que se daba aires de diplomático, *extranjero* en todas partes—barba rubia, *monocle*, chaquet impecable, botines—.

Sonaba la música; unas cuantas parejas bailaban, no por el gusto de bailar, sino para que *les viesen*; los criados, correctos, impecables, pasaban y repasaban con grandes bandejas cargadas de succulentas vituallas que, como á Sancho Panza en la insula baratária, las retiraban sin que las probasen. Sólo que aquí, el Dr. Tirteafuera era el temor de engordar, de *perder la línea*. Y, así, tomaban té con limón, ó *whisky and soda*, y veían alejarse, como en un sueño con honores de pesadilla, los *sandwichs* de caviar y los *soufflés* de chocolate, para llegar luego á su casa y dejarse caer en un diván, suspirando:

—¡Estoy muerta de hambre!

ooo

La divina hora que el poeta llamó en sus bellos versos

«Hora de ocase y de discreto beso,
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso...»

volvió á serlo en el fondo de los gabinetes aromados de resina campestre y presididos por el retrato de la abuela que pintara Winterhalter. Ya no vive la décima musa, vestida por Drecol y empenachada de paraíso negro que, mientras tomaban éter ó morfina, recitaba *Les Caresses*, de Richepin, en

«... un amable nido de soltero,
de risas y de versos y de placer sonoro.»

Ahora, la hora del té es otra vez *la hora cordial*, en que unas mujercitas muy sencillas, en su *tailleur* y su toca de piel, preparan ropas para los heridos y aprenden á ejercer la caridad de un modo muy moderno, muy *pendant la guerre*.

ooo

Pero no es eso sólo: la calumniada droga á quien *viniendo á Europa desde el Imperio chino*, salió al encuentro la salvia para reprocharle su presuntuoso enfatuamiento; se ha popularizado. Y no es una cosa aristocrática, un antipático menurje que hace torcer el gesto á la gente del pueblo, á las pizporetas chulillas; el té se ha democratizado y, como todo lo que, descendiendo de las aristocracias, va á la multitud, se ha hecho útil. Ahora, en las tardes heladas del invierno, en las crudas noches de Enero en que los desheredados de la fortuna tiritan de frío y hambre, vese en algunos rincones de los *barrios bajos* el puesto de té.

No está servido por la rubia y frágil nena vestida de terciopelo como los Reinolds, ni por la dama envuelta en *tea-gown* de Irlanda; una mujer—generalmente vieja—, arropada en un mantón, sirve el cálido brebaje á obrerillos ateridos, á viejos miserables que tienen así una ilusión de calor. Es algo *muy bueno*, muy acogedor, muy democrático.

Yo vi una tarde á un chiquillo rubio, un mecánico vestido de azul, una bufanda liada al cuello, tropezarse en una esquina con la *abuela*. La misera anciana temblaba de frío, y, malhumorada, riñó al chaval:

—¡A ver si vas *pa* en *cat*! ¡Con este frío!...

Pero él, gracioso, amable, como podría hacer un pollito *bien*, le ofreció:

—¡Te convidó á té!

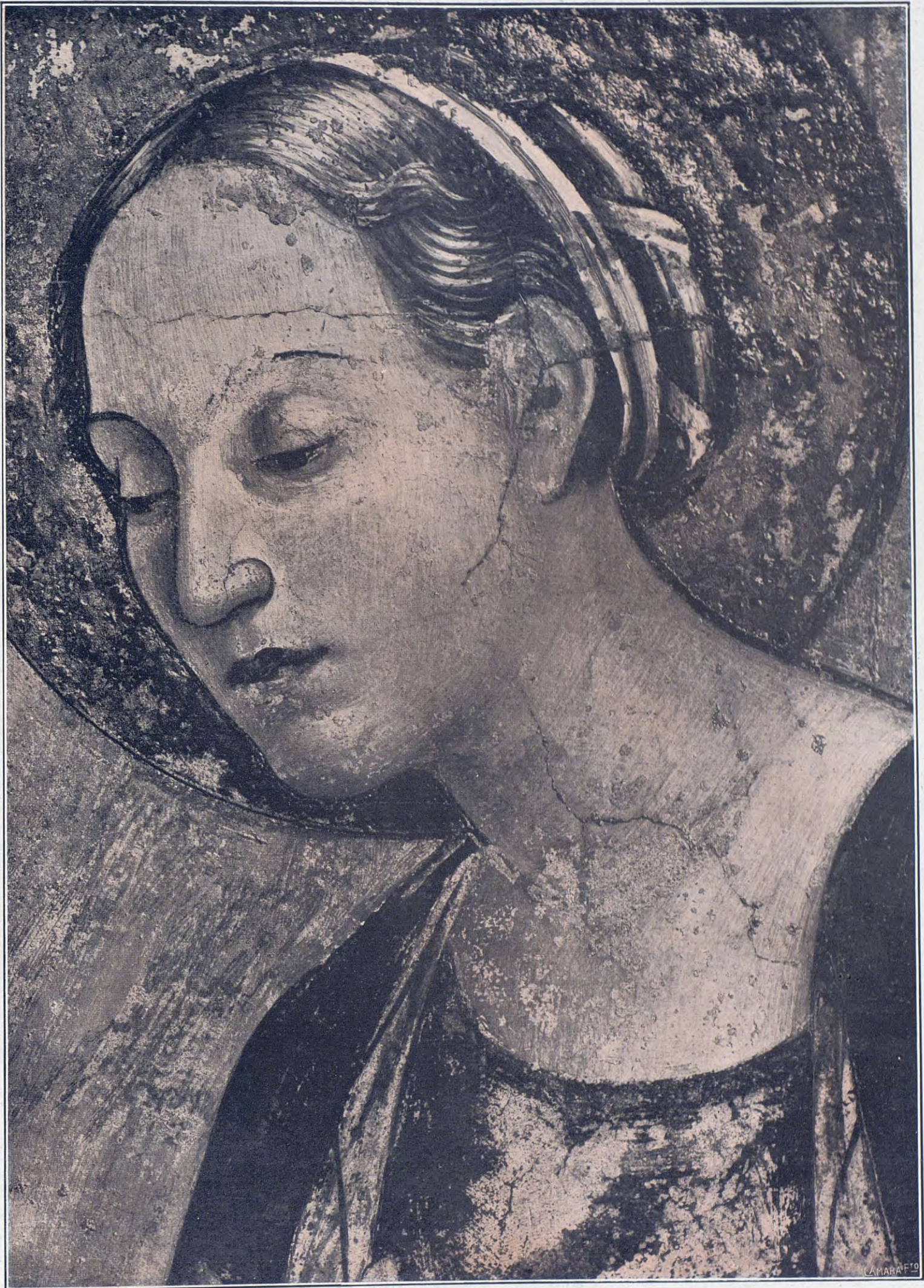
Y los jueves del Ritz y los domingos del *Palace* comenzaron á decaer de envidia.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE RAMÍREZ

LA ESFERA

ARTE ITALIANO



EL ROSTRO DE LA VIRGEN

Admirable obra pictórica de Melozzo da Forlì, que se conserva en la iglesia del Panteón, de Roma



Detalles de la empuñadura de la espada inventada por el barón de San Malato

NUESTRAS VISITAS

El barón de San Malato ó un paladín del Romancero

Dos puntas: á través de las dos puntas, son dos almas las que chocan. Se necesita, para producir la reacción de la sensibilidad, que los dos adversarios lo sean, en efecto; que sus ánimos estén contrapuestos; que sus almas entren en la pelea. Entonces vibra el acero, y llega á ser más sensible que la carne de nuestro cuerpo; es decir, que los golpes dados en la hoja de la espada van directos al alma, y ella es quien los rechaza...

Athos de San Malato hizo una pausa para bucear con sus ojos de acero en nuestros espíritus. Carlitos Micó, Campúa y yo le escuchábamos en silencio.

Continuó:

—Escuchen ustedes un caso interesante:

Rememoró un momento con los párpados entornados y cierta graciosa afectación de artista italiano.

—Un día, en una calle de Nápoles, me tropiezo con un maestro de esgrima, gran amigo mío. «Barón de San Malato—me dice—, ¿quieres que tiremos un asalto?» Acepto. Nos ponemos sobre la plancha, cruzamos las espadas y le toco. Entonces, este amigo exclama: «¡Qué cosa tan rara!» ¿Qué?—le pregunto—. «Que antes de ser tocado por tu acero he sentido el golpe en el mismo sitio donde ha sido después.» ¿Eh? ¿Qué les parece á ustedes? ¡Es el triunfo del espíritu! Mi amigo sintió el golpe mientras que yo lo meditaba. Fué una transmisión de pensamiento, una cosa psíquica.

El barón de San Malato permanecía de pie ante nosotros, con su espada cogida bajo el brazo derecho. Por encima de la chaquetilla de gamuza gris perla se marcaban sus abultados bíceps.

El barón Athos de San Malato es un personaje del Romancero; debió nacer hace cinco siglos y llevar larga melena, chambergó de pluma, capa de raso y espada al cinto. Su alma es el alma misma de aquellos caballeros errantes del siglo xvii, que, llevados de la mano por la traviesa aventura, lanzaban retos audaces, y después los sostenían con la punta de la espada y una sonrisa cortés y caballeresca en los labios.

San Malato sonríe siempre: cuando habla, cuando discute y cuando se bate; ha danzado la muerte muchas veces en derredor suyo, y jamás se desvaneció su sonrisa amable y cortés, su sonrisa de galán parisino.

Su estatura es mediana; sus proporciones, gallardas; tal vez sea demasiado recio; sus ojos, azules; sus cabellos y su bigote, rubios. El barón de San Malato es un caballero dorado.

—Y, díganos usted, barón, ¿quién le enseñó la esgrima?—inquirimos.

—Las únicas y primeras lecciones las recibí de mi padre.

—¿Luego su padre?...

—Mi padre era un gran señor de la más añeja aristocracia de Sicilia, que gustaba vivir intensamente la vida, con todas sus emociones y peligros. El le formó á Garibaldi un batallón de voluntarios sicilianos, que después llevó el nombre de los «Temibles». La misma noche en que yo nací, mi padre se batía en las calles de Sicilia, y recibió cinco balazos. Uno aquí... Otro aquí... y el barón iba indicando en su cuerpo los sitios donde hicieron blanco las cinco balas.

—¿Y usted, de pequeño?...

—Estudié mis carreras, y, al mismo tiempo, dediqué á la esgrima toda mi atención. Claro que yo siempre he mirado la esgrima como un arte, del cual había que hacer una verdadera ciencia, y lo he conseguido. A mí se me ha hecho en el mundo entero una leyenda de aturrido

y de atropellador. Dicen que quiero resolver el duelo con el valor. Nada más equivocado. Claro que para ponerse delante de una punta que acecha se necesitan dos cosas: sabiduría y valor.

—Luego entonces usted cree que un esgrimidor, por muy sabio y diestro que sea, si no es valiente...

Me interrumpió rápido:

—Si no es valiente, no es nada. Llegará al terreno, y se olvidará de todo lo que sabe, y saldrá corriendo. Es igual que el torero de salón. Muy bonitos aquellos molinetes, aquellos pases de rodillas y aquellos quiebros que ejecuta delante de la cabeza de un amigo; pero si no le acompaña el corazón en el redondel, ante el toro, no sabrá más que huir y... huir. En esgrima, el valor es el ánimo; la ciencia, el esqueleto. Por esta razón, un buen esgrimidor no puede formarse en las salas, sino en el terreno.

—¿Cuántos duelos ha tenido usted, barón?

Sonrió para evadir la respuesta.

—¡Qué sé yo! ¡Mejor es no hablar de eso! Muchos; casi siempre con renombrados profesores de esgrima. Me he batido con franceses, con italianos y con americanos.

—¿Y siempre ha vencido usted?

—Siempre. Yo, hasta ahora, no he sido tocado con la punta de una espada.

—¿Cuál es la emoción que le domina á usted mientras se bate?

—La seguridad de herir á mi adversario. Es una autosugestión. Jamás he pensado que pudiera ser yo el herido.

—Y, batiéndose, ¿no ha tenido usted nunca un segundo de inquietud?

—Nunca—respondió activo—. Ni he sido víctima de inquietudes, ni de miedos, que no conozco. Yo siempre he dominado al adversario, he advertido hasta las pequeñas dilataciones de sus pupilas.

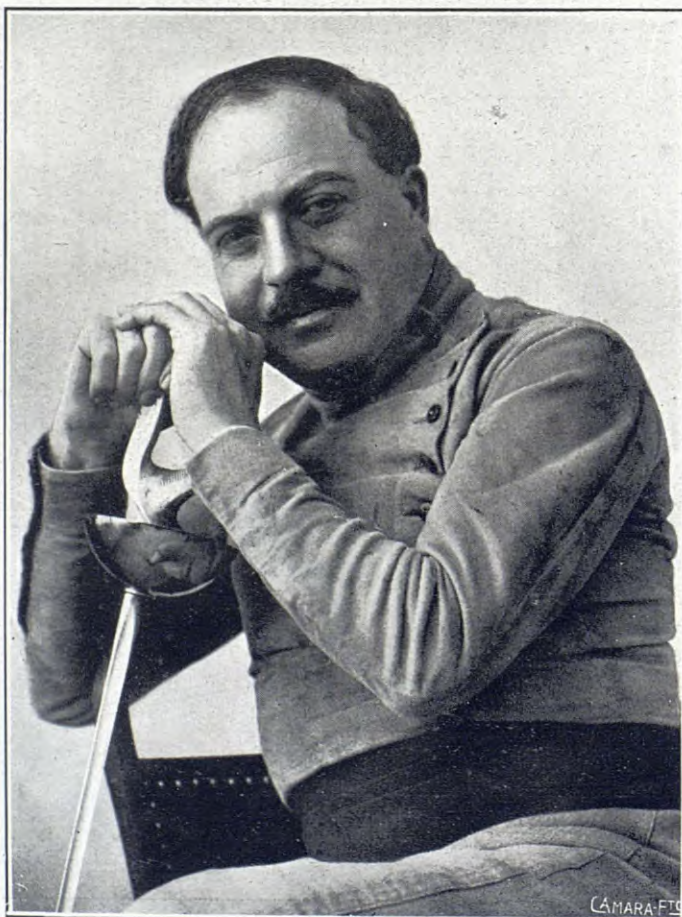
—¿Por qué fueron sus duelos?

—Por cuestiones de esgrima, por discusiones de métodos. He llegado á un punto; he expuesto mis teorías sobre esgrima; se han discutido; han apasionado, y, claro, ha surgido la chispa. Y siempre mis teorías han resultado fuertes en la verdadera práctica.

Y sonreía ingenuamente como un muchacho travieso.

—¿Qué diferencias existen entre su esgrima y la esgrima en general?

—La principal es que la esgrima actual no se eleva sobre la base de esgrima de terreno, y con ello resulta la adulteración de los verdaderos elementos científicos de la lucha. Un nadador no llegará jamás á saber nadar si no aprende en alta mar y frente al peligro. En esgrima, una «finta» hecha con una punta entre adversarios que están en ánimo de pelea, tiene un valor distinto á la misma «finta» hecha



El barón de San Malato en traje de esgrima

con un botón y dos adversarios amigos. La una da el resultado apetecido; la otra puede no dar resultado; la primera detiene al adversario; la segunda es desdenada.

—¿Qué entiende usted por honor?

—¡Oh! Lo que debe entender todo caballero. El honor es algo imponderable, algo de sentimiento, que es o no es. El honor no puede tener ni reglas ni códigos; el honor no puede sufrir alteraciones, ni puede tomar posiciones varias; es, o no es; es íntegro en la esencia y en la explicación exterior, o falta; no admite juicios ni medidas. En una palabra: el honor es... el alma con todos sus atributos, y como el alma es siempre la que manda y la que triunfa, se arriesga con mucho gusto el físico para sacar limpio el espíritu.

—Entonces, ¿cree usted que siempre existirá el duelo?

—Distingamos. El duelo, lo que se llama el duelo, desaparecerá, porque no tiene razón de ser. Ahora bien: «la partida de honor», el encuentro por una cuestión de honor, jamás. La partida de honor es la única forma con la cual se puede tener elevado el valor de la integridad moral, y el honor es el único elemento en donde se apoya toda la sociedad. Fíjense ustedes que la única cosa que de hecho tiene valor es el empeño de honor tomado en cuenta. El rey jura por su honor; los soldados juran por su honor; las naciones juran por su honor. Pues bien: una nación que no matiza y depura en cuestiones de honor, una nación que no da valor a estas cosas es una nación despreciable y muerta. ¿Comprenden ustedes?

—Perfectamente—. Continuó:

—El juramento, la palabra de honor de un hombre tienen cotización en una sociedad si se valoriza el honor; si no, aquella sociedad no ofrece ninguna garantía. La Humanidad se rige con leyes espirituales, y las bestias con leyes materiales. En esto nos hemos de diferenciar de los animales.

—¿Y qué distinción dice usted que hay entre el duelo y lo que usted llama «partida de honor»?

—¡Oh, notabilísima! El duelo es la lucha entre dos individuos de cualquier condición moral que sean, empuñando cuchillo, puñal, navaja, etc. «La partida de honor» es el contraste entre dos personas de absoluta integridad moral, hecha con armas especiales que lleve con ellas condiciones para poder llegar a la demostración del valor moral de cada adversario. La finalidad del duelo es la destrucción; «la partida de honor» es una depuración moral, una nivelación necesaria entre dos caballeros que han sentido un rozamiento en su dignidad.

Se expresaba el célebre esgrimidor en perfecto castellano y con apasionamiento latino.

—¿Dónde, y con quién fué el primer duelo que tuvo usted?

—Yo me batí por primera vez aquí en España, en el escenario del antiguo Circo de Colón.

—¿Con el profesor Lyon?

—Sí, señor; con Lyon, el año 95. Por eso guardo tanto cariño para España.

—¿Y qué ocurrió en aquel duelo?

—Algo muy lamentable: Que Félix Lyon fué descalificado en el terreno, porque desde el tercer asalto se negaba a batirse, fundándose en que mis estocadas buscaban su pecho. Una cosa muy pintoresca y muy triste para Lyon. Quedó allí solo en el escenario, abandonado de sus padrinos, y siendo la mofa de los tramoyistas del teatro.

—¿Y después?

—Después lancé en París mi célebre reto, en

—Completamente inexacto. Lo reté. Me trasladé a París desde Nápoles para celebrar el encuentro. Fué un duelo muy emocionante. Pini es formidable.

—¿Pero lo hirió usted también?

—Sí; le hice dos heridas.

—¿También se ha batido usted con Aurelio Greco?

—Sí; en Nápoles.

—¿Lo hirió usted?

—Sí, señor; yo jamás fui herido. Pero, en fin: no hablemos de los desafíos; es aburrido. Hablemos de la guerra. Yo quise ir a la guerra a aviación; no me dejaron.

—¿Por qué le llaman a usted el «campeón de la línea recta»?

—Porque mis golpes son rectos. Yo he inventado este puño; mire usted. (San Malato me mostró su espada). Esto es admirable. Con este puño el brazo queda completamente a cubierto; la línea de defensa y de ataque es completamente recta; vea usted.

Y el caballero andante extendía, empuñada, la espada.

—En la esgrima, el secreto—continuó—es colocarse de modo tal, que el adversario no vea otra cosa que la punta que se dirige a un sitio. Hay que ser un proyectil humano. Esto se consigue con mi puño.

—¿Es usted supersticioso?

—Nada en absoluto. Siempre que he ido a batirme me he tropezado en el camino con un carro fúnebre.

—¿En qué población se halla usted más a gusto?

—Más de dos meses, en ninguna parte. Corro el mundo errante. Viajo, viajo sin cesar.

—¿Solo?

San Malato sonrió mi indiscreción.

—Siempre con un amor y una espada.

—¿Es usted casado?

—No, señor; soy solo, cuando solo me quieren dejar.

—¿Qué es lo que más le interesa a usted de la vida?

—¡Oh, amigo mío! Eso depende de la hora, el sitio y el estado de alma.

—¿Cuál es su aspiración suprema?

—Conservar siempre el equilibrio de todas mis facultades físicas y espirituales.

—¿Qué es lo que más le inquieta a usted?

—La eternidad, porque yo soy espiritualista. Yo no creo que la vida del alma sea esto sólo. ¡No es posible!

—¿Es usted jugador?

—Me interesa más una partida de honor que una partida de *baccarat*.

—¿Piensa usted aquí, en España, lanzar el guante?

—¡No! Yo eso jamás lo he pensado. Siempre ha surgido inesperadamente. Mi propósito único es dar varias conferencias, exponiendo, ante maestros y aficionados, mi manera de ver la esgrima, los estudios que de este noble y caballeroso arte he hecho y los procedimientos creados por mí con sólidas bases científicas.

Y el romántico caballero San Malato calló sonriendo. Su espada brilló de nuevo en el espacio como una chispa eléctrica...

EL CABALLERO AUDAZ



EL BARÓN DE SAN MALATO

FOTS. CAMPÚA

1901, y surgió el duelo con Damotte, el primer profesor francés de esgrima.

—¿En dónde se verificó el duelo?

—En el Parc des Princes. Eran las dos y media de la tarde de un día triston. Cuando Damotte y yo quedamos frente a frente, llovía mucho. Siempre ha llovido durante mis duelos. ¡Cosa rara! Duró el duelo tres cuartos de hora. La punta de mi acero alcanzó el costado de Damotte y se clavó cuatro centímetros.

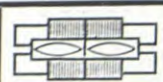
—Y su duelo con Pini, ¿en dónde se celebró?

—También en París, en 904. Su origen fué porque un amigo de él dió la noticia de que en un «match» que celebramos me había tocado dos veces.

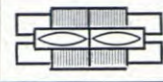
—¿Y no era así?



Apuntes del natural, tomados en el Circo de Parish por el ilustre artista Ricardo Marín



Una fiesta de toros en el siglo XVI



Dibujo de Juan Cornelio Vermayen, pintor de cámara de Carlos V, y que representa la corrida celebrada en Avila el 8 de Junio de 1534, presenciada por el emperador

REPRESENTA este interesante dibujo un coso formado por cadalsos y tablados de madera, desde los cuales una muchedumbre compuesta de altos personajes, damas, prelados y gente del pueblo presencia la lucha que en el circo sostiene, con cinco bravos toros, otra multitud de jinetes y peones.

Abajo, en el centro, vese uno de aquéllos en actitud de recoger del suelo, con sus astas, á un derribado caballero, sin cuidarse de los alanos, que furiosamente le acosan, ni de los peones, que le hieren con espadas ó le clavan adornadas garrochillas; acá yace, rendida, otra fiera, cercada de corredores que se divierten ferozmente en desjarretar, castrar y degollar al rendido animal; allá, voltea un toro á un hombre, mientras le acorrala por todas partes la multitud con ademanes, gritos y lanzadas, para hacerle abandonar su presa; otro aparece acullá llevando enredada en los cuernos la capa de un corredor, poniendo en grave aprieto á un caballero que, al galopar de su caballo, le clava una lanza corta; en último término dibújase, airoso y lleno de pujanza, un torito persiguiendo á una espantada figurilla, próxima á ser alcanzada; y, en torno de tan diversas escenas, muévense, en compactos grupos, gentes que avanzan ó retroceden, se estrujan, caen, acometen, socorren y clamocean, dando al conjunto una extrema fuerza de movimiento y de vida.

Muchos detalles interesantes ofrece este dibujo al observador curioso. De ellos, los principales son: el grupo de damas que, cabalgando en mulas, aparece á la izquierda del palenque, en actitud de presenciar el espectáculo; los pre-



Autorretrato de Juan Cornelio Vermayen, dibujando en su álbum. — (Fragmento de uno de los tapices de "La conquista de Túnez")

lados que asisten á él, y en especial aquel que está representado rezando el Rosario en la tribuna que cierra el dibujo por la parte inferior; el asnillo con aguaderas y cántaros que un vendedor ambulante conduce entre la multitud, y las guardias flamenca y española, dibujadas esquemáticamente en el fondo, á ambos lados del palco central; guardias que apenas se dan á conocer por sus archas y alabardas, y que parecen querer indicar que á esta fiesta asiste el emperador Carlos V.

La manera abreviada, totalmente impresionista, de estar trazadas estas escenas del fiero y viril espectáculo, da á entender que fueron dibujadas por el artista en el mismo lugar de la fiesta, y dominado por una fuerte emoción. Sábase que Vermayen acostumbraba á fijar ante el natural sus impresiones, y que Carlos V, teniendo en cuenta las extraordinarias dotes del habilísimo dibujante, le llevó consigo á Túnez para que, sobre los mismos campos de batalla, reprodujera los principales hechos de aquella jornada, que más tarde habían de servirle para componer los cartones de la célebre tapicería que hoy posee la Casa Real de España.

En el paño X de tan preciosa colección, paño que representa el saqueo de Túnez, hay dos episodios de sumo interés, en relación con el dibujo en que nos ocupamos. Uno de ellos, el que podemos llamar de los toros desmandados, figura, allá en el fondo, á la derecha del tapiz, un tropel de soldados sacando al campo, por las puertas de la ciudad, una manada de toros, algunos de los cuales persiguen ó acometen á sus conductores. Es tan extraordinaria la semejan-

za de forma, de movimiento y de espíritu entre sus figuras y las del dibujo de la fiesta de toros, que este solo dato bastaría para atribuirlo a Vermayen si no hubiera otras razones que claramente lo demostrarán. El otro episodio es aquel en el cual aparece el autor de la tapicería en actitud de dibujar los hechos que á su alrededor se desarrollan, acompañado de otro personaje, en pie en medio del campo, apoyando contra el pecho un gran álbum que sostiene con la mano izquierda, de cuyo dedo meñique pende un tintero, y teniendo en la derecha una gruesa pluma de ave. Ciertamente deja entender este autorretrato cómo Vermayen hacía sus dibujos en presencia de las escenas que reproducía, trazándolas á pluma y en el mayor tamaño posible, lo cual habla muy alto de su extremada pericia; pero, además, la proporción que en el retrato tiene el álbum, con relación á la figura, indica que las dimensiones de éste eran las mismas que las de aquel en que Vermayen ejecutó el dibujo de la fiesta de toros.

Tiene este dibujo la importancia de ser la representación más antigua que se conoce del divertimento español, pues si bien es verdad que en el código del siglo xiii de las *Cantigas* del Rey Sabio, en el alfarje del claustro de Santo Domingo de Silos, del siglo xiv, y en la rampa de la escalera de la Universidad de Salamanca, obra del siglo xv, figuran bellas é interesantes escenas, no lo es menos que siendo éstas episodios parciales de la fiesta, no la representan en su totalidad, y no dan, por tanto, idea cabal de su conjunto.

Terminaremos consignando aquí algunos datos biográficos de Vermayen relacionados con su estancia en España, donde ciertamente debió haber adquirido tanta notoriedad y fama como en su propio país, porque, si es señal de su popularidad en Flandes el hecho de que allí se le conociera por el apodo de *Jan met den baard*, Juan el de la barba, habremos de creer que no debió de serlo menos en España, ya que aquí adquirió, no uno, sino dos sobrenombres: *Juan*

el Mayo y *Juan de la barba longa*, con los cuales el pueblo expresaba su admiración por la luenga barba y la arrogante figura del cronista gráfico de su rey.

El haber estado al servicio de la gobernadora de Flandes, la princesa Margarita, y después al de la reina María, era ya el reconocimiento oficial de las múltiples y salientes aptitudes de Vermayen como geómetra, retratista, dibujante y grabador; pero no debían de parar aquí sus bienandanzas y prosperidades sin que fuera consagrado por Carlos V, que, dándole pruebas de grande estimación, le toma á su servicio, le trae á España el año 1534 y, complacido de sus cualidades de dibujante, le lleva á la conquista de Túnez, en Mayo de 1535. Y aun parece que quiso honrarle más el emperador, dignándose admitirle á un trato de familiar aprecio, según se desprende de ciertas curiosas noticias que sus biógrafos creyeron deber consignar. Leblanc, por ejemplo, refiere que «Carlos V se divertía frecuentemente en pasar por debajo de su larguísima barba»; Van Mander que, «á causa de este magnífico ornamento capilar, el César gustaba de presentarle á los príncipes extranjeros», y Cean afirma que el emperador mandó retratarle en mármol por complacerse en la gallardía y gravedad de su figura.

Después de su regreso de Túnez é Italia, en Diciembre de 1536, debió Vermayen permanecer en España algunos meses del año 37, y, durante ese tiempo, no es creíble que estuviera ociosa la actividad del artista, pues, aunque queda memoria de muy pocos de los trabajos realizados durante su estancia en España, hay que presumir se habrá perdido la de otros muchos, como perdida estaba la de este dibujo de la fiesta de toros. Argote de Molina dice que, en la sala real de los retratos del palacio de El Pardo, «existían, en 1582, ocho cuadros de mano de *Juan de barba longa*», dos de los cuales, por lo menos, tuvieron que ser pintados en España, toda vez que representaban las vistas de Valladolid y de Madrid; Mariette nos dice que, duran-

te su estancia en España, dibujó Vermayen el acueducto de Segovia, y es bien probable que la noticia sea cierta, pues el que figura en una de las puertas del tríptico de los Micault, más parece el de Segovia que uno de los que, en su tiempo, cruzaban la campiña de Túnez, aunque hay quien así lo cree; y, por fin, de España debió llevar hecho el dibujo de aquella estampa que, en 1545, grabó con el título de *El banquete español*.

Al regresar Vermayen á su patria fija la residencia en Bruselas, y allí es donde probablemente trabaja en los doce magníficos cartones coloridos de la conquista de Túnez, que termina en 1547, y que Pannemaker, desde 1549 al 1554, traduce en rica tapicería de alto lizo. Estos cartones figuran en uno de los museos de Viena.

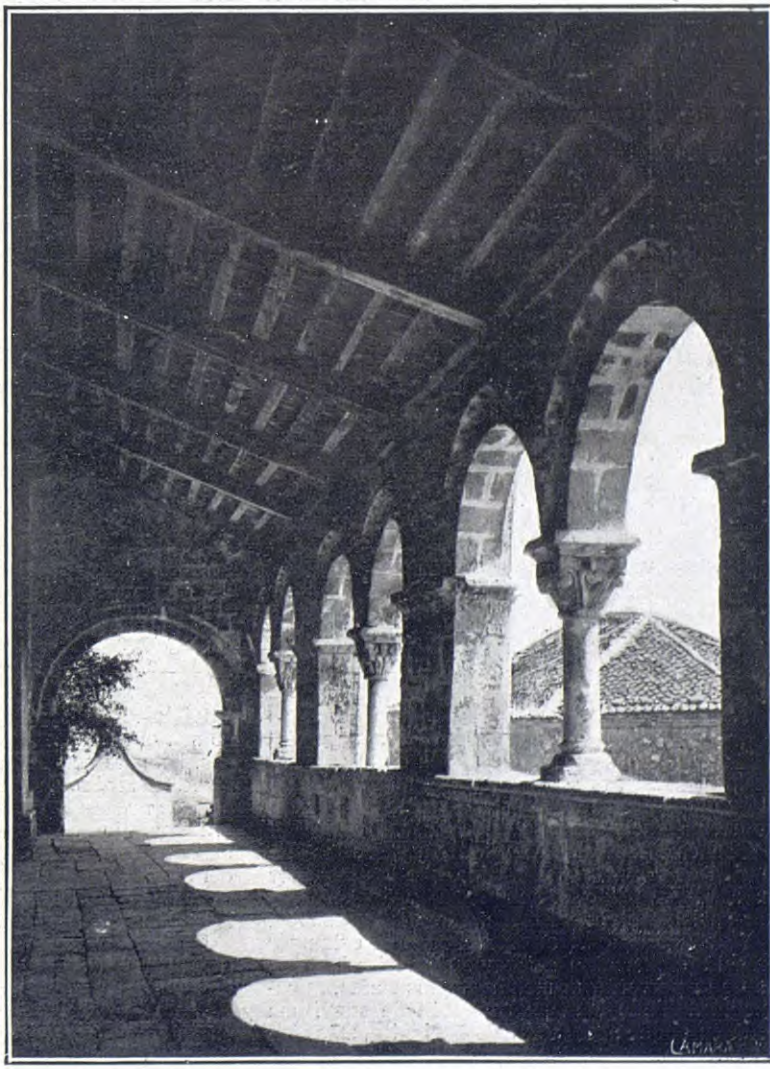
Fué Vermayen considerado como un excelente pintor; Vierix graba su retrato en 1572 entre los de los más célebres pintores germanos, y Van Mander, el viejo pintor é historiador casi coetáneo, habla de él con gran elogio. Como retratista debió de ser, en realidad, algo extraordinario, cuando tan disputado se vió por los más altos personajes de su tiempo, que la lista de sus retratos, según frase de un biógrafo, *llegó á ser imponente*. Mas hoy apenas tenemos medio de apreciar su talento, pues una verdadera fatalidad persiguió la mayoría de sus obras: unas fueron destruidas por los iconoclastas; llevadas otras por los comisarios franceses en 1794, y muchas incendiadas, como aconteció á las ocho del palacio de El Pardo. Solamente restan tres, que con fundamento pueden serle atribuidas: los cartones de la tapicería de Túnez, el guach signado que se conserva en la Biblioteca Real de Bruselas, y que representa la pacificación de Gante, que se semeja mucho de dibujo al de la fiesta de toros, y el famoso tríptico que guarda el Museo de la capital de Bélgica, y que es conocido con el nombre de tríptico de los Micault.

LUIS MENÉNDEZ PIDAL

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Entrada de la iglesia de San Salvador, en Sepúlveda



Claustro de entrada á la iglesia de San Salvador

El canecillo



Las Exposiciones Caninas pondrán de moda durante unos días a los fieles amigos del hombre, al que le defienden en la soledad de los campos, al que le divierten en el hogar, al que le avisan del peligro, al que le hacen dueño del bosque y de sus habitantes.

Con este motivo saldrán del archivo las memorias de los perros célebres, que los hay, por su bravura, por su inteligencia, y, sobre todo, por su lealtad, virtud máxima de esos animales.

Y he aquí que el artista ha querido estampar en esta página algo así como el bichito heráldico de la perrería, al menor de los canes, al canecillo... Todo lanas, un montón de suavísima seda en el que apunta el rojo hociquito, más pico de ave que fauces de bestia, y donde fulguran la roja lengüecilla de sierpe y los ojos negrísimo y

movibles. Es natural que ese perrito microscópico sea el amor de las damas artistas y caprichosas. Ellas le esconden en su manguito de zibelinas, le guardan en el saco de cuero perfumado, le ponen sobre la ménsula en que se sirve el té, y, llegada la noche, le encierran en el lindo estuche al lado del reloj. Y, al compás del áncora del aparato ginebrino que desgrana el tiempo, el corazoncito ardoroso del canecillo cuenta las breves horas de su vida.

En China hay un lugar, el Penjuh-labab, en el que se crían los perros menores. ¿Es que allí existe una raza enana, menudita, la del can-ratón? ¿O es que, por crueles arbitrios, encerrado en un frasco chiquitín, el perro común se cría sometido a un régimen diminutivo?... Esta hipótesis nace de la terrible historia que Víctor Hugo

reveló cuando hizo su famosa novela, en la que nos habla de los «compra-chicos», de los hábiles piratas chinos que se apoderaban de niños recién nacidos para llevarlos a lugar donde eran sometidos a la tortura del molde. La carne y los huesos se reducían a formas y tamaños previstos. Perecían muchos de los niños moldeados. Los que resistían la prueba eran vendidos a precios inverosímiles para recreo de magnates, más odiosos que los autores de la preparación.

Pero aun después de ese martirio, el canecillo seguía siendo can, esto es, el fiel amigo de su amo... Porque le habían reducido el cuerpo, pero no le habían podido encoger el corazón.

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJO DE MARÍN

PÁGINAS POÉTICAS



VERSOS FRÁGILES

El cuello de la cigüeña
sobre el viejo torreón
en el azul se diseña
como una interrogación.

Mira al cristal de la acuña
con tan honda obstinación,
que diría: que sueña
con su propia aparición.

De pronto, se alza derecha,
castañeteando el pico,
y cruza como una flecha...

Parece que vuela de
el fondo de un abanico
de alguna frágil musmée.

¡Al llegar la Primavera,
que tenga tu juventud
rosas en la cabellera
y en las manos un laúd!

¡Que encuentre tu faz dormida
sobre un regazo florido...
Cuando elruiseñor anida
justo es que formes tu nido!

Ya los jazmines blanquean
en la noche perfumada
como estrellas temblorosas...

¡Haz que tus estrofas sean
en el seno de tu amada
como un manojo de rosas!

F. VILLAESPESA

DIBUJO DE ECHEA

CURIOSIDADES CELESTES

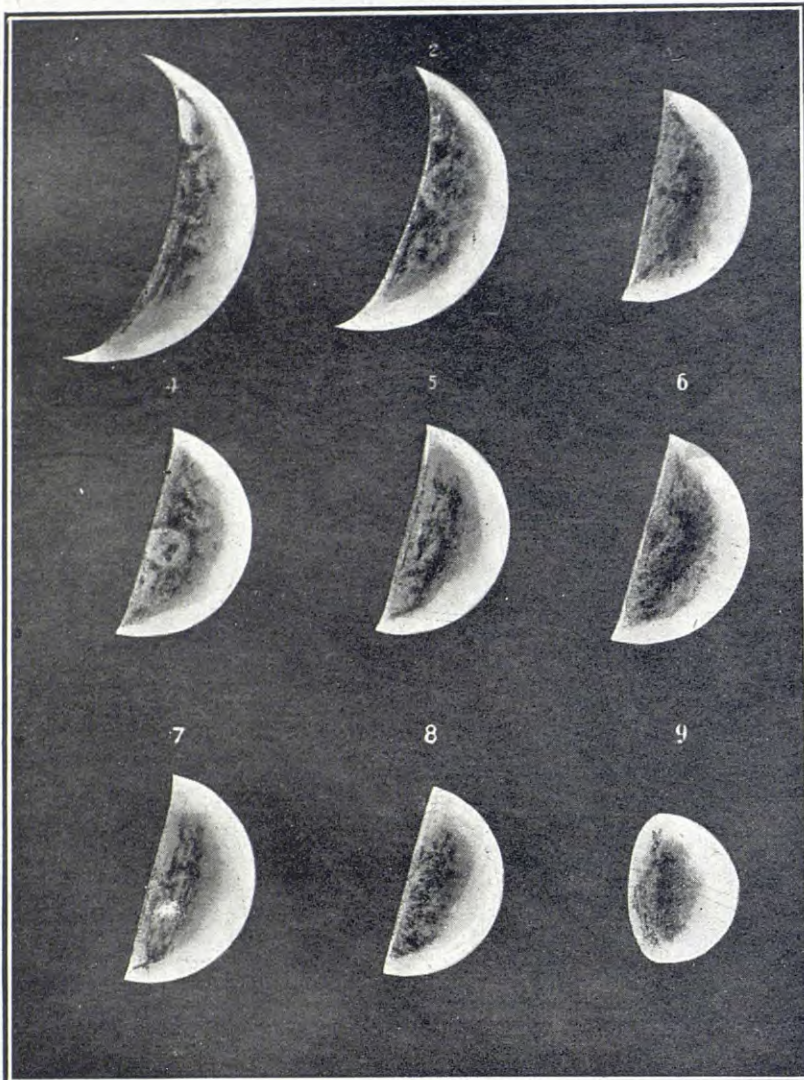
Venus: nebulosas y conglomerados

Por donde se hallan esparcidas en mayor número las estrellas, cerca de la Vía láctea, percíbense manchas blanquecinas en el cielo, algunas visibles á simple vista. Son agrupaciones de soles que se hallan á distancias relativamente pequeñas entre sí, si se comparan con las que separan el conjunto de las otras estrellas. Buena muestra de estos conglomerados del mundo estelar es el reproducido de fotografía directa, y que se inserta en la región inferior de esta plana. Representa la parte central del conglomerado estelar (compuesto, en total, de millares de soles), cercano á la estrella omega del Centauro.

Pero lejos de la parte del espacio donde se pueden contar en mayor cantidad las estrellas, cerca de los polos de la eclíptica, se parecen en el cielo otras manchas blanquecinas, que no son enjambres de soles, sino masas gaseosas, cual lo demuestra el análisis espectral de la luz que esas manchas nos envían. Reproducimos en la región inferior de la plana la nebulosa de Orión, la cual está formada principalmente por gas nitrógeno, ó quizá por algún otro más simple, producto de la disociación de éste, que no hemos podido desdoblar en nuestro laboratorio, por hallarnos obligados á operar en condiciones poco extremadas de presión y de temperatura.

Muchas, entre ellas, la reproducida aquí, por ejemplo, ocupa ella sola una extensión mayor del espacio que todo nuestro sistema solar, incluyendo en él los más alejados planetas.

El segundo en orden de su proximidad al Sol se ve alternativamente por la tarde, después de puesto el astro del día, ó antes de asomar éste sobre el horizonte, en las primeras horas de la mañana. Es el que recibe del vulgo la denominación de



Diversos aspectos del planeta Venus

mismo paraje. Y así como la zona tórrida abraza más de un hemisferio, los parajes muy fríos se extienden por el resto del planeta. Allí no hay estaciones intermedias y suaves: todo es brusco, violento y extremado.

Por lo cual, si resultara cierto que los ángeles, obedeciendo al mandato divino, inclinaron el eje de la Tierra como reato de la culpa original, desterrando de nuestro mundo la benignidad de los climas, según dice Milton en *El paraíso perdido*, debemos inferir, puesto que Dios es la suma Justicia, que los venustianos han debido pecar más ó ser más contumaces en el pecado, puesto que el castigo ha sido mayor.

En los anteojos muestra Venus las mismas fases que la Luna, con la cual tiene gran parecido.

Los cuernos de sus cuadraturas se alargan por causa de la densa atmósfera que rodea al planeta; atmósfera cuya existencia demuestra además el análisis espectral de la luz planetaria, donde aparecen rayas de absorción análogas á las de nuestra atmósfera.

Para que la semejanza con la Luna sea más completa, hay quien cree haber visto en los cuartos de Venus el disco completo, cual si se hallara iluminado por resplandor análogo al que delata á la Luna nuestra, cerca del novilunio ó luna nueva, por la luz reflejada de la Tierra, que presenta entonces su faz brillante al satélite.

Pero este resplandor de Venus, semejante á la luz cenicienta de la Luna, es posible que sea debido á reflexión de la del planeta sobre la atmósfera, ó quizá á fluorescencia de esa misma envoltura gaseosa.

Tales son las características del planeta Venus.

RIGEL



Conglomerados de estrellas en la constelación del Centauro

lucero por antonomasia: es el planeta Venus.

Tiene este planeta dimensiones muy semejantes á las de nuestro mundo, que, en realidad, es un poco mayor. Los días de Venus son de veintitrés horas y veintidós minutos, y su año es de doscientos veinticinco días.

Cien años nuestros son, pues, ciento sesenta y dos de Venus, de donde no se deduce que si hay allí habitantes alcancen forzosamente mayor longevidad, puesto que el mismo lapso ó intervalo de tiempo cuando se cuenta con distintas unidades, estará expresado por diversos números.

Una circunstancia singulariza á Venus. La inclinación de su eje de giro sobre el plano de la órbita que describe es más del doble que el de la Tierra con respecto á la eclíptica. Consecuencia de ello es lo extremado de las estaciones venustas. En el planeta consagrado á la hermosa deidad, con efecto, se suceden por ello los más extremados climas en un



Nebulosa de gases en Orión

LOS CAMALEONES Y LA MUERTE



CON razón pueden figurar los camaleones como abortos de la Naturaleza. Pocos animales más feos, más repugnantes, más raros, más estrambóticos. Y, sin embargo, nada más inofensivo y estúpido que el camaleón.

La Naturaleza, al crear tamaña equivocación, la subsanó concediéndole la más maravillosa propiedad de que está poseído animal alguno sobre la tierra: la de poder adaptar el color de su piel a la del medio ambiente. De algún modo tenía que reparar la enorme injusticia cometida al dar vida al pobre e infeliz camaleón. En su favor modificó el fenómeno conocido en la ciencia con el nombre de *mimetismo*, permitiendo que la piel del nuevo animal tomase el color que le conviniera para pasar inadvertido a sus enemigos.

Porque así como la Naturaleza, siempre inconscientemente previsora, dió á todos los animales alguna defensa, al camaleón no le dió otra sino su extraña propiedad y su horrible fealdad é imponente aspecto. Su cabeza parece la de un fiero dragón antediluviano. Si abre la boca y arroja una bocanada de aire, como si quisiera vomitar fuego, parece un monstruo dispuesto á devorar cuanto se ponga por delante. Y, sin embargo, no es más que una inofensiva intimidación. Su boca está desdentada, y no encierra, por paradójica ironía, más arma que la lengua más rara que posee animal alguno: una lengua larguísima, enrollada en espiral, á modo de resorte, con la que caza los insectos, que constituyen su alimento, arrojándoles su propia lengua á modo de dardo, y enrollándola rapidísimamente cuando la víctima ha quedado aprisionada en la viscosa saliva del animal. Y sus ojos, sobre

la cúspide de unas antenas movibles, pueden girar en todos los sentidos, permitiendo ver hacia atrás sin que tenga que volver la cabeza; y es, por ende, el animal más tardo y perezoso en sus movimientos. El camaleón abunda casi exclusivamente en el norte de Africa, donde los rapaces juegan, sin miedo ni escrúpulo, con el más infeliz de los monstruos.

Un oscuro poeta árabe ha cantado al cama-

león como símbolo de la vida. Sobre su piel granulada de saurio se sucede la gama de los colores del iris, del mismo modo que sobre nuestras vidas pasan, en atropellado tropel, las dichas, las alegrías, los pesares, las tristezas, siempre las últimas en mayor cantidad que las primeras, hasta que viene la noche de la Muerte á entenebrecer, con su negro y tétrico manto, la alegría ilusoria del día de la vida.

Entonces viene la Inevitable, la Inexorable, la Intrusa, la Proveedora de tumbas, la Separadora de amigos, la Irreparable, la Destructora de la felicidad, la Constructora de cementerios, la Saqueadora de palacios y cabañas, la Insaciable, la Traidora, la Acechadora, la Rompedora de la felicidad, la Asesina de la vida, la que acaba con las delicias, la Irrespetuosa, la que no perdona, la que no olvida, la Implacable, la Execrable, como de estas y cien maneras más designa el fecundo léxico árabe á la Muerte; entonces, decimos, viene á cerrar el paréntesis de dolor que se abre con el dolor de nacer; pena injusta que sufre el inocente recién nacido como castigo del pecado capital que le dió vida. Y este dolor nos acompaña como nuestro más fiel é inseparable amigo durante toda nuestra peregrinación en la vida, y sólo cesa con el supremo dolor que depara la Maldita.

Quién sabe si se la calumnia, y que, en vez de denostarla con imprecaciones de maldición, habría que saludarla mejor como la Piadosa para los que sufren, la Niveladora de las desigualdades y la Vengadora de las injusticias.

GUILLERMO RITTWAGEN

DIBUJOS DE C. S. DE TEJADA



BAJO UNA MIRADA



Cuadro de Juan Cardona

ANTE la paradoja de una mirada valenciana y femenil, quedamos desconcertados, porque es difícil contemplar unos ojos que sean tan expresivos y que digan menos el secreto de un alma.

Grandes y perfectamente dibujados, modelados y coloreados en rosa té, ó en rosa de rosa los párpados, las pupilas negras y las pestañas de seda, reúnen las condiciones que exigiría un pintor de cromos. Sin embargo, no adolecen de esa insulsez característica de cuanto no tiene defecto. Hay en su sombría inmovilidad una obstinación que acaba por inquietar á quien los observa.

Diríase que pretenden avisarnos de una emboscada, que nos dirigen una súplica que sólo nosotros debemos entender, sin que sospeche nadie entre las gentes de la asamblea. Cuando una doncella aparece en la tertulia grave y varonil, donde nosotros somos el forastero, y en que la muchacha, con su carga de frutos, es la sacerdotisa de la hospitalidad, creemos asistir á una de aquellas escenas de la Reconquista, á la entrevista del jefe cristiano en el pabellón moru-

no, y, como entonces, la esclava comunica en silencio el propósito que acarician sus amos de hacer traición.

Fantasías. Esto no puede ser, y nos esforzamos en adivinar la verdadera causa de la incomprensible elocuencia.

Y todavía añade misterio la ilógica y repentina humildad con que los párpados se cierran, cortando bruscamente la complicidad ya entablada entre nuestra atención y la fijeza de la mirada inmóvil y parlara.

Arisca, huraña, esquiva, la mujer de las vegas valentinas, no nos explicamos el ardor de sus ojos. Porque rechaza la galantería de una palabra madrigalesca, y vive en sierva de la tradición árabe del país y de la propia disciplina religiosa.

Todo cuanto la rodea contribuye á dramatizar su mirada. Desde la sensualidad de la naturaleza y el fuego de las costumbres de su casta, á la palidez del rostro, con las ojeras moradas y una diaphanidad en la piel que semeja el trasluz de un interno claror de luna. ¿Dormirá en el fondo del doble abismo húmedo y aterciopelado el germen

de la rebeldía contra la austeridad actual, la nostalgia del tiempo moro, con sus fragancias, sus músicas y su perezoso y profundo amor?

Pero el colmo de la paradoja se halla en que su negrura deslumbre con unas coloraciones no alcanzadas por el ambiente, con el sol de oro, los rosales sangrientos, el índigo celeste, la verdura zumbosa de las frondas, la carne luminosa, la policromía de los vestidos, el brillo de piedras indias que los racimos tienen en la cerámica colorista y refulgente. Basta con abandonarse á la oleada de los ojos valencianos y femeninos, para que en el aire comience á rodar el arco iris en una orgía cegadora.

Y aquí encontraríamos, acaso, la razón de la sinrazón, la clave del problema. Tal vez no dicen, ni quieren decir nada, las miradas que llamaríamos fantasmales. Pero nos embriagan de ilusión y de codicias insaciables y príncipesca-mente orientales. Somos nosotros mismos quien lleva el drama en el pecho. La fémina y el vino emborrachan sin darse cuenta de su acción.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

UN NUEVO TEMPLO EN MADRID

La fundadora.
El arquitecto

EN la calle de Torrijos, en esta parte del barrio de Salamanca, donde Madrid se amplía en urbes anchas, claras, sonrientes y orientadas hacia serenas extensiones campesinas, que pronto serán simétricos conjuntos de modernas edificaciones, se ha inaugurado solemnemente la nueva iglesia de Nuestra Señora de la Concepción del Rosario.

Es como un resurgimiento de pretéritos y fervorosos hechos en el alma escéptica y trágica de este siglo. Se piensa en épocas remotas, cuando los magnates realizaban piadosas fundaciones, cuando, poco a poco, iban alzando sus torres y cresterías templos y conventos, y daban las campanas al viento las sonoras voces del catolicismo, más pujante que nunca.

Esta nueva iglesia de la Concepción del Rosario, á cuyo santo cobijo se une la casa capaz para albergar diez y ocho religiosos, ha sido costeada por la excelentísima marquesa de la Lapilla y de Monesterio, doña Agueda de Martorell y Fivaller, perteneciente á una familia de puro y altísimo abo-lengo en Italia y España.

A través de los siglos, la marquesa de Monesterio repite el hecho de su antepasado D. Octavio Centurión, fundador del Mayorazgo y de la casa de los marqueses de Monesterio, una de las más ilustres personalidades en los reinados de Felipe III y Felipe IV.

Don Octavio Centurión fundó en Madrid, el año 1636, un convento é iglesia de la Concepción, donándola á las monjas Capuchinas; y, posteriormente, á instancias del príncipe D. Baltasar Carlos, y por mediación de la condesa de Olivares, otorgóle, un año después, á los dominicos del convento del Rosario, llamándose desde entonces convento de Nuestra Señora de la Concepción del Rosario.

De 1636 á 1834 habitaron los dominicos este convento, situado en la calle Ancha de San Bernardo (esquina á la de la Flor), y siempre bajo el patronato de los marqueses de Monesterio. Primero la exclaustación, y luego el derribo de la iglesia ruinosa tajaron la continuidad placida de esta obra creada por el tesorero general de los presidios y fronteras de España y mayordomo de la reina y de los infantes durante el reinado de Felipe IV.

Es ahora, cerca de tres siglos después, cuando una descendiente suya, donde vinculan las familias linajudas de los Ursinos, Dorias y Centuriones, celeberrimos en toda Europa, y de la cual surgieron papas y dogos venecianos, edifica la iglesia y convento de la Concepción del Rosario.

La obra piadosa comenzada en el siglo del rey poeta, el siglo de los ovilejos, los pomposos guardainfantes y la supremacía española sobre Europa y América, es proseguida por la actual marquesa de Monesterio y de la Lapilla, en el siglo de las aeronaves, de los cañones de largo alcance, los submarinos y el parco dominio español en unas menguadas tierras africanas.



Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, que ha sido construida en la calle de Torrijos, de Madrid, á expensas de la excelentísima señora marquesa de la Lapilla y de Monesterio

to encargado de llevar á feliz término los deseos de la marquesa de Monesterio.

La cultura bien encauzada, sus viajes de estudio por toda Europa, y el indiscutible temperamento de artista que posee, indujeron al señor Luque á darle á este nuevo templo madrileño el estilo gótico de que tan bellas muestras existen en catedrales españolas como la de Burgos,



D. CARLOS DE LUQUE
Arquitecto de la iglesia del Rosario

León y Toledo, con su atrevida combinación de empujes y contrafuertes, con sus bóvedas por arista en ojiva, con sus arcos diagonales desempeñando el papel de cimbra permanente, dejando á la bóveda de piedra atrevida elasticidad; con sus características y complicadas molduras y ornamentación que expresan, con las rítmicas agudeza, unidad y simetría, el credo estético conservado con tradicional pureza.

Si externamente la esbelta silueta del templo alza su torre con una gallardía que satisficiera el gusto de Viollet-le-Duc, en la parte interior se define el espíritu de artista que posee el señor Luque.

Simbólicamente, la doctrina de la iglesia y el respeto á los temas ornamentales trilobulados, tan peculiares del arte gótico, surgen á la mirada del visitante.

Tres son los cuerpos y las naves de la iglesia; tres, sus vestíbulos; tres, los pisos; tres, los cuerpos de la fachada, y tres, las partes en que dividen las airoas columnnitas de gótica tracería, los ventanales.

Y cuidó no solamente el artista de seguir las normas del estilo gótico florido en la fábrica de la iglesia, sino también en el ornamento de altares, confesonarios y demás muebles y objetos que enriquecen el templo.

Por último, en las alturas de la torre, como la frase suprema de exaltación artística y de sublime idealismo, el carrillón ha empezado á sonar, en los días vernaes del Abril frívolo, las notas profundas, majestuosas de la consagración del Santo Grial en el *Parsifal* wagneriano.

Los artífices

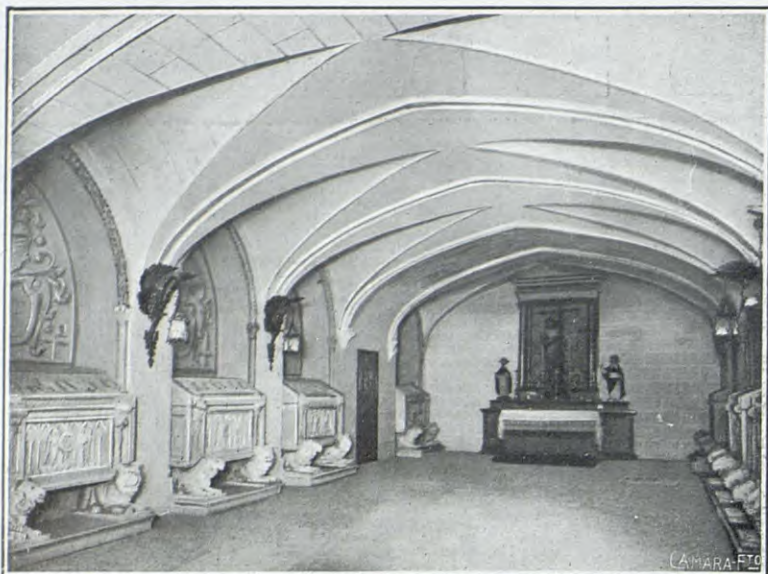
Bajo la dirección de D. Carlos de Luque han trabajado varios y notabilísimos artífices de reconocida competencia.

La verja, obra maestra de los talleres de don Francisco Torras, como todo cuanto en hierro repujado posee la iglesia, ostenta los cuarteles del apellido «Centurión», llevado por el primer marqués de Monesterio, antecesor de la fundadora. Verticalmente situado, hállase el escudo del marquesado de Monesterio. La puerta de la verja representa un calvario formado por dos cruces pequeñas en los lados y una central exornada de dos ángeles, verdadero acierto artístico del Sr. Torras, y lo mismo podría decirse de las águilas y faroles que adornan la cripta.

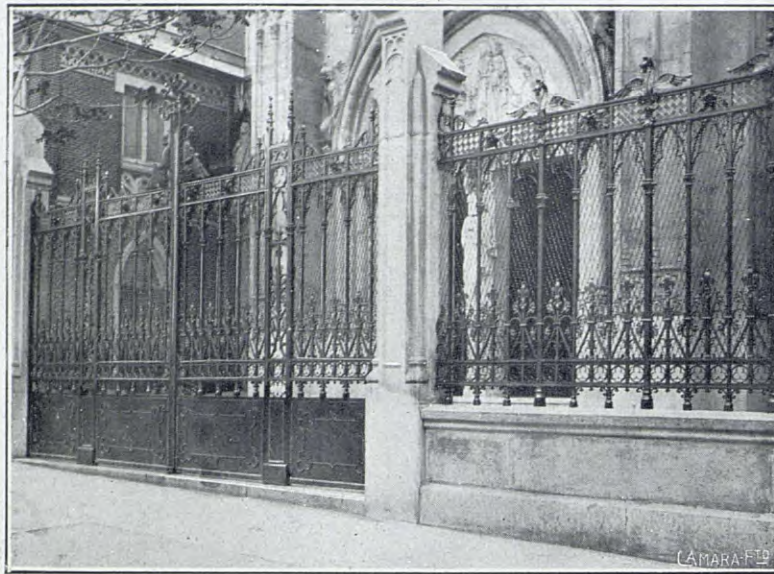
En el atrio principal yérguese, majestuosa, simbolizando el sostén firmísimo de la Iglesia, la estatua de San Pedro, y un poco más adelante destacan las figuras solemnes de los cuatro evangelistas. Lo mismo estas esculturas que el artístico pórtico, y cuanto en la iglesia hay de piedra caliza y mármoles, es obra de los magníficos talleres de D. Alejandro Estrada, con piedra de Amorqui, Novelda y Salamanca.

En el interior del templo son dignos de especial mención los altares situados á ambos lados en las capillas, los artísticos ventanales y balaustradas, el púlpito y los magníficos panteones existentes en la cripta. El elemento de construcción ha sido la piedra artificial, fabricada por los Sres. Oliver y Compañía, que tiene el mismo aspecto de la piedra natural: resistencia, color y tacto, constituyendo esto un verdadero adelanto en el empleo del cemento como factor arquitec-

También de ayer, del buen ayer romántico y entusiasta, parece Carlos de Luque, el arquitec-



Cripta de la iglesia del Rosario



Detalle de la verja de la nueva iglesia

tónico. De la construcción general del templo estuvieron encargados los Sres. Basanta y Morcillo, contratistas del edificio, cuya suficiencia está demostrada en las muchas obras que han llevado á cabo. Ambos han realizado un esfuerzo extraordinario en esta obra, cuyo sistema de construcción se basa en las más puras teorías del arte gótico, ó sea llevando sus elementos de resistencia solamente á determinados puntos, por lo que el resto de la construcción viene á ser sólo como envoltura del espacio destinado á templo.

Entre los mil detalles decorativos que llaman la atención en la nueva iglesia, acaso el más importante sea las magníficas vidrieras artísticas coloreadas, construídas por los Sres. Maumejean con vidrio antiguo, por ser el único que admite el colorido; tanto éste, como las líneas generales de las vidrieras, son del más puro estilo del siglo xv, y forman



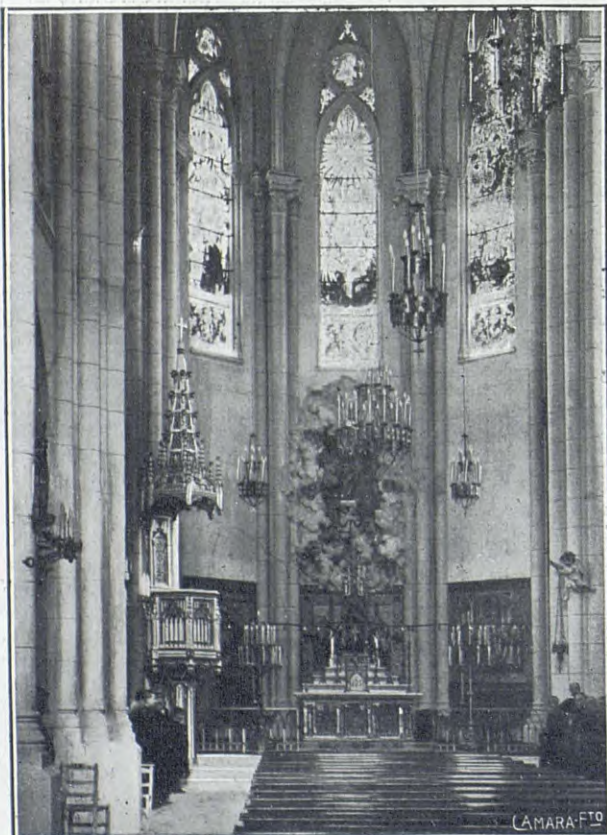
Timpano de la puerta principal, ejecutado en los talleres de D. Alejandro Estrada por los escultores V. Camps y R. Ferrero

la vidriería corriente ha realizado trabajos verdaderamente notables, que demuestran su gran pericia. Es verdaderamente ingeniosa la idea de la construcción de los ventiladores de los ventanales, que, por un sistema ingeniosísimo, pueden abrirse y cerrarse, sin que de ello se den cuenta los fieles.

Son asimismo un acierto los trabajos de fontanería y las bocas de riego, que están dispuestas, rodeando el edificio, para los casos de incendio.

En suma: este hermoso templo es un triunfo de todos cuantos han intervenido en la construcción, y un éxito inmenso del arquitecto don Carlos de Luque, que, con su acertada dirección y admirables planos, ha logrado hacer de la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción del Rosario una verdadera joya arquitectónica.

R. G.

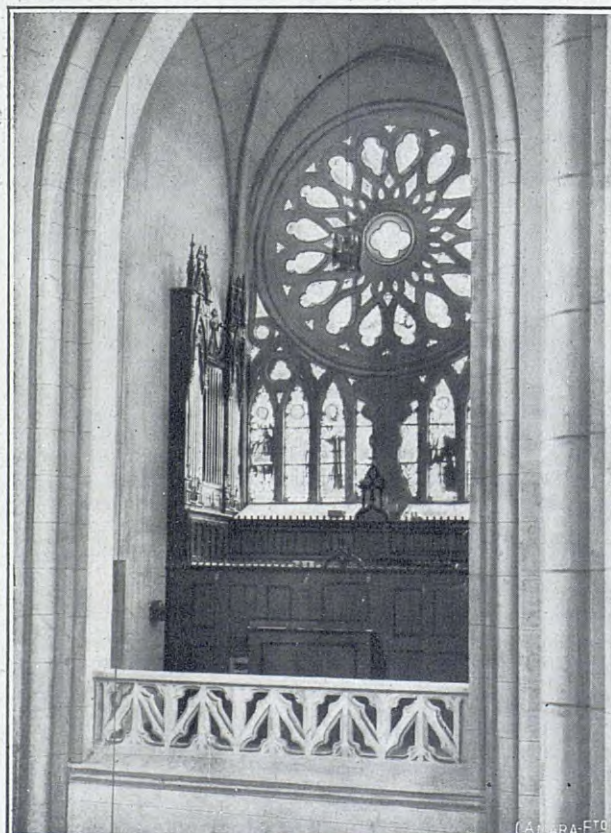


Aspecto de la nave central y del altar mayor

una de las mejores colecciones de vidrieras que hay en la capital. En sus asuntos representativos se sigue, como en todo, el simbolismo de los 15 misterios del Rosario.

En el coro ha sido emplazado un magnífico órgano, obra maestra de la casa Ricardo Rodríguez, de Madrid, el que, aparte de las dificultades inherentes á la construcción de todo aparato musical, ofrecía una importantísima, y era la instalación de los grandes tubos, de modo que no ocultaran las tracerías y vidrieras del gran ventanal del rosetón. Esta dificultad ha sido salvada por el señor Rodríguez colocando á derecha é izquierda unos á modo de órganos supletorios; ello ha dado lugar á la conducción de aire para emitir los sonidos en una forma que sólo constructores de grandísima importancia y serios conocimientos musicales hubieran podido realizar, consiguiendo de este modo hacer un órgano de primer orden, riquísimo en efectos orquestales.

Registraremos también las dificultades salvadas por el fontanero, D. Ramón Gómez, en la adaptación de las planchas de plomo á las cresterías de la torre, en estilo gótico; en



Órgano y detalle del coro



EL MAR

(POESÍA NOVECENTISTA)

*Para las gentes de las tierras interiores,
para los habitantes de los pueblos
lejanos de las costas,
el mar,
el mar desde una playa,
ó desde la ventana de la casa de un puerto,
les causa una impresión de triste lejanía,
una impresión de soledad, desierto ó aislamiento,
como si se viviera á un extremo del mundo,
casi fuera del mundo, al margen de la vida,
ante el abismo inmenso de lo desconocido,
lo profundo y lejano,
lo insondable,
todo horizonte incierto,
todo gris,
todo como un misterio entre dos soledades,
las del cielo y del agua,
entre las cuales
las estelas fugaces de los barcos,
¡signos de blanca espuma!,
son interrogaciones que se borran
sin obtener respuesta...*

*.....
Pero á los habitantes de las costas,
á aquellos que nacieron junto al puerto
y jugaron de niños en las playas
y conocen el canto de las olas,
sus risas y sonrisas, sus calmas y furores
el mar,
el mar movable y vario,
les da la sensación de alma misma
de la vida...
El mar lleno de naves que recorren el mundo
desde un puerto á otro puerto...*



*El mar, patria común,
poblado de navíos de todos los países...
El mar cosmopolita,
imperio universal lleno de seres:
aves, peces, anfibios,
viajeros...
tesoros...
(donde las perlas son mezquina escoria...)
de selvas y montañas submarinas,
de ciudades ocultas y países de encanto...
El mar de los senderos infinitos...
El mar de las sorpresas incontables...
y de las aventuras...
El mar de los naufragios,
de las tormentas y de los combates...
El mar de los piratas de bajel
y de los sumergibles...
de los «superdreadnoughts» y las ballenas...
El mar de las sirenas y de las asechanzas...
El mar de los caminos de plata de la luna...
El mar lleno de redes...
El mar lleno de estelas...
El mar lleno de islas y de escollos, y faros avizores...
El mar lleno de adioses y lleno de esperanzas...
¡El mar, el mar, en fin, que ata todos los ríos
y une todas las tierras...!
No da la sensación de soledad,
tristeza, alejamiento,
olvido...
Sino, por el contrario,
¡de vida y corazón de todas las pasiones...!*

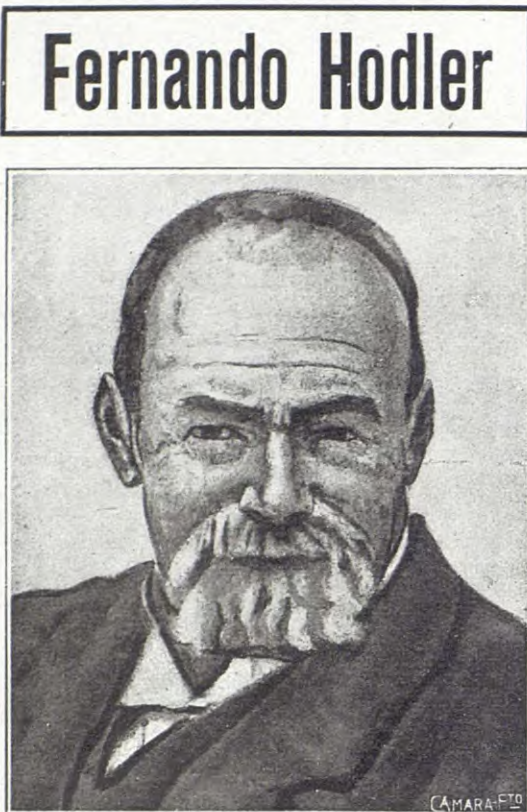
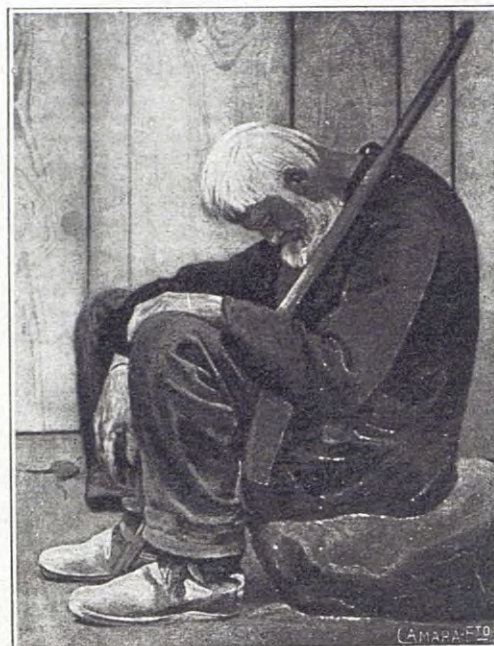
Goy DE SILVA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

UN GRAN PINTOR SUIZO



"La joven de la flor"

FERNANDO HODLER
(autorretrato)

"Senectud"

No sería del todo oportuna, ahora, la afirmación hecha por Teodoro de Wyzewa hace diez y nueve años—Marzo de 1899—, en una conferencia de la Universidad de Ginebra.

Dijo entonces, y repitió luego, en su libro *Pintores de ayer y de hoy*, que la moderna pintura suiza carecía de los rasgos característicos de la antigua pintura, verdaderamente nacional por la simple traducción realista, por la honradez tradicional exenta de peligros originalistas y, sobre todo, por la fidelidad cantonal; es decir, que antes de ser suiza fuera basileense, bernesa, friburguesa ó ginebrina. Y, como demostración de ello, estudiaba tres pintores de ayer, como Urs Graf, Nicolás Manuel Deutsch y Juan Esteban Liotard, en oposición á pintores de hoy—que no cita ni nombra—, que no son propiamente suizos, sino europeos: alemanes, franceses, italianos.

Sin embargo, Urs Graf y Nicolás Manuel Deutsch deben ser afiliados en las tendencias germánicas. Son demasiado claras en ellos las influencias de Schongauer y Alberto Dürero, por ejemplo. En cuanto al admirable Liotard, su arte es genuinamente francés.

Es una lógica consecuencia de la demarcación geográfica de Suiza, triplemente fronteriza de grandes naciones como Francia, Italia y Alemania. Menos mal que si unas le arrebatan artistas para incorporarles á sus sendas historias artísticas como Alemania á Holbein, ayer, y á Boecklin, hoy, y como Francia á los contemporáneos Steinlen y Vallotton, les consiente, en cambio, recabar para ella la gloria del italiano Segantini.

ooo

Ferdinand Hodler es la figura más acusada de la moderna pintura suiza. Inútilmente, Rodolfo Klein invoca el ascendente primitivista del Giotto para sus composiciones «paralelistas». No hallamos en la obra total de Hodler, en su agresiva fiereza de expresión, ó en sus nórdicas y brumosas especulaciones filosóficas, otras huellas espirituales y técnicas más decisivas que las de un profundo germanismo.

Sus composiciones murales, donde la ampulosidad monumental elimina el concepto del

término «decorativo», sin que ello implique desarmonía compositiva y estridencia cromática. Sus simbolismos hieráticos en seres casi descarnalizados y desensualizados, como astrales delirios de un solitario de las cumbres, no tie-

nen la menor conexión con la ternura, con el misticismo optimista, con la complacencia voluptuosa y fecunda del amor que caracteriza á la raza latina.

Fernando Hodler nació en Gurzelen (Berna) el 14 de Marzo de 1853. Su aprendizaje artístico lo hizo bajo las indicaciones de Barthelemy Menn, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Ginebra, y que transmitía á sus discípulos aquel respeto al dibujo y aquella académica serenidad aprendida en su maestro Juan Dominico Ingres.

La primera juventud de Hodler está llena de incertidumbre y de desorientación. Viaja por Europa, y la sombra gloriosa de Courbet le envuelve, como á tantos pintores de la época. Es un realista obstinado, un fiel reflejador del natural. Nada hace presentir en él la evolución radical que acusará la verdadera personalidad.

A los veinticinco años, Hodler visita España. Reside algún tiempo en Madrid, donde le retiene la magia fecundadora de nuestro Museo del Prado...; y pinta, á pesar de ello, paisajes á lo Corot.

¿Qué impresión le causan á este germano-helvético los maestros españoles? ¿Qué surcos abren en su sensibilidad para las siembras subsiguientes y las futuras recolecciones, Velázquez, Goya, Ribera, el Greco? Al principio no puede precisarse esta influencia. Le interesa más un flamenco: Rubens. El pomposo, el carnal, el sensual Rubens.

En su obra de transición, *La noche*, que inicia ya la segunda y definitiva época, se nota palpable el rubensismo. Y es curioso observar cómo, ya en lo futuro, habrán de ser abandonadas las directivas ideológicas y técnicas del autor de *Las tres gracias* por el autor de *La retirada de Marignan*. Ya hemos dicho antes que todo propósito de voluptuosidad, de jocosidad sexual, de halago á la complacencia carnal es alejado por la pintura hierática, rígida, de ritmos graves y melancólicos que definen el «paralelismo» pictórico en la obra simbólica de Hodler.

En cambio, no sería difícil hallar reminiscencias de maes-

"Canto lejano"
(Cuadros de Fernando Hodler)



"Horas sagradas"

tros vistos en España al mismo tiempo que Rubens: el Greco, por ejemplo.

Durante su primera época, que abarca muy cerca de veinte años, Hodler pinta cuadros intrascendentes, aunque impregnados de naturalismo sano y concienzudo. De entonces son los retratos femeninos—donde nada hace presentir las extáticas mujeres, de las vestiduras agarradas a los cuerpos asexuales, las sumisas al influjo enfermizo del hombre demasiado intelectual—el *Retrato de mi hermano*, *El zapatero remendón* y *El toro*, pintado este último en España.

Dos cuadros suyos: el *Guillermo Tell*, pintado en 1897, y *El leñador*, pintado en 1910, son como alegóricas y emblemáticas pinturas donde se expresa a sí mismo. Avanza el héroe nacional entre un rompimiento glorioso, con la mano derecha en ademán de paz y de revelación. Y *El leñador*, en una violenta tensión muscular, en una concentración hercúlica de todas sus fuerzas, va a dar el último hachazo que haga caer el árbol en un clamor de ramas contra la tierra sonora, donde el hombre apoya sus pies fuertemente y recibe el sol en el rostro enérgico.

Es, realmente, Hodler un libertador de la Suiza artística, y ha tenido, como el modelo de su cuadro del Museo de Berna, que derribar a hachazos los prejuicios y las hostilidades de los incomprendidos.

ooo

La obra de Fernando Hodler se divide en dos géneros absoluta y radicalmente opuestos, apenas ligados siquiera por las preferencias de ciertos tonos y por la obstinación de los contornos reciamente acusados: las pinturas guerreras y las pinturas idealistas.

Al primer género pertenecen *El libertador de Suiza* (1884), *La batalla de Neufels* (1897), *La retirada de Marignan* (1900), las pinturas murales de la Universidad de Jena (1908). Surgen en ellas (menos en las últimas citadas) el recuerdo de los antiguos lansquenets de Urs Graf y de Deutsch. Encerrados en espacios reducidos, los guerreros se agigantan, parecen ensanchar con los gestos vigorosos y amplios los límites del ambiente donde se agitan. Dan una extraordinaria sensación de fuerza, de energía, de monumentalidad heroica.

En cambio, todo es aquietamiento, serenidad, misterio, delirio enfermizo, en las otras obras afiliadas a la fórmula del *paralelismo* inventado—según él cree—por el gran pintor suizo; pero que en el fondo no es más que un estrecho e insuficiente método de composición aprendido en

los primitivos, y que coarta las libertades conquistadas por la moderna estética.

Supedita las ideas y las formas a ritmos demasiado simétricos. Impersonaliza los seres humanos. Sugiere la creencia de un mundo, angustiado de nostalgias y presentimientos que se balancea, como el péndulo filosófico de Schopenhauer, entre el dolor y el hastío.

Presuponen el intelectualismo agudo, la casi morbosa ausencia de toda coetaneidad con la vida actual, estos cuadros de mujeres sin sexo, estos mancebos displicentes, estos ancianos de apostólicas túnicas blancas en una teoría de desencanto y renunciación; estos niños que permanecen desnudos como fetos galvanizados...

A la serie de obras *paralelistas* pertenecen *El elegido* (1893), *La tristeza*, *Adolescencia* (1894), *Los desengañados*, *Los cansados de la vida* (1892), *Lo que dicen las flores* (1893), *Euritmia* (1895), que señalan los comienzos de la segunda época, y los cuadros, que acusan ya la supremacía, titulados *Emoción* (1900), *El día*, *La primavera* (1901), *El sentimiento* (1902), *La verdad*, *La contemplación del joven*, *La admiración*, *Mirando lo infinito*, *Horas sagradas* (1903), y el cuadro titulado *Impresión* (1907), presentado en la XIX Exposición Municipal de Bellas Artes de Ginebra, y que el propio Hodler creyó necesario explicar, no solamente su significación simbólica, sino su colorido, con estas palabras:

«Forma y sentimiento semejantes. Cuatro mujeres morenas, velando su piel *bistrada* y sus acerados músculos con vagas telas de un azul duro, avanzan eurítmicas sobre una pradera sembrada de gruesas flores rojas...»



"El elegido"

(Cuadros de Fernando Hodler)

SILVIO LAGO

Pinturas rupestres y piedras de sacrificio

MIRANDO á Occidente se ven los principios de la civilización ibera con una claridad abrumadora; dirigiendo la vista á Oriente, la inteligencia camina entre sombras.

Los jeroglíficos que hay en nuestras cavernas prehistóricas se pueden descifrar con gran facilidad, si se tiene en cuenta al pueblo occidental y no al oriental; al azar tomo dos reproducciones de las pinturas rupestres de Casas Viejas (Cádiz), que son dos jeroglíficos cuya interpretación es en extremo curiosa, é idéntica al jeroglífico de la caverna del dios Apuc-Yurac, de Bolivia, y que no sólo son iguales en su colocación, sino también en su interpretación.

Los pueblos iberos, tiahuanacos, toltecas,



1.—Jeroglífico encontrado en Casas Viejas (Cádiz)

oruros, quichuas, aymaras, cuchitecos y mosquitos, tenían por dios al Sol, el cual fué representado por medio de la pintura y en objetos de oro, plata, bronce, y en su cerámica, en la misma forma. Siempre que el Sol era representado como objeto de culto, éste tenía sólo trece rayos, y cuando era como símbolo de ornamentación, con infinidad de ellos.

El grabado número 1 es un jeroglífico copia del original, «Casas Viejas, Cádiz». En él se ve al Sol con trece rayos en la parte superior; debajo, una figura que representa al ser humano; á la derecha de ésta, una silla sagrada; encima una maza, y en el respaldo de la silla, una más alta que otra, dos llamas; encima de éstas un hacha separada de su astil, es decir, desmontada.

El grabado número 7 es también de Casas Viejas (Cádiz), y es igual á otro de la cueva del dios Apuc-Yurac (Bolivia). En éste se ven una pareja de venados y una pareja humana. El sexo está perfectamente definido: la hembra del venado y su macho, están en actitud contemplativa; el hombre, con las manos en las caderas y la



2.—Mamouth grabado en la cueva de la Magdalena

pierna izquierda adelantada, parece que examina á la pareja animal. La mujer tiene también las manos sobre las caderas, en el brazo izquierdo un círculo, y parece que sigue ó persigue al hombre.

Son muchos los dioses de los iberos, y muchos también los de los tiahuanacos y toltecas. En mis estudios llegué á contar 360 por sus extinguidos imperios, y entre los iberos no pude encontrar hasta hoy más que 320, no dudando que podré descubrir un número igual de dioses al que tuvo el pueblo occidental. La cifra de 360, así como la 13, es notabilísima, pues con ambas hacían su año de trescientos sesenta días—diez y ocho meses de veinte días—, y con ellas formaban sus ciclos; 360 asientos había en sus templos, y 360 grados tiene la circunferencia.

Con las cifras 360 y 13 hacían los iberos infinidad de combinaciones, y con ellas y el número 5 formaron su contabilidad, llegando los pueblos de Occidente á una altura inconmensurable en las ciencias matemáticas, las cuales conocieron también los iberos.

Los dólmenes, ó piedras de sacrificios, fueron empleados también en Occidente, y en la actualidad están en uso entre los pueblos pirios, guayros y cuchitecos.

Creyeron los arqueólogos que el dolmen era un monumento funerario, y como tal lo clasificaron, si bien unos pocos opinaron que el dol-

men era una piedra de sacrificios. En los grabados 3, 4 y 6 se ven los dólmenes de Peña Labra (Santander), Dombate (Coruña) y el de Madorra. Sobre ellos hicieron los iberos sacrificios humanos y de animales: humanos, los iberos del Sur; de animales, los del Norte.

Creo firmemente que éstos se hicieron con el ritual que hoy emplean los pueblos de Occidente; y como yo, en mis viajes, vi estas dos formas de sacrificio, puedo, por medio de la inducción, describir el sacrificio animal entre los iberos.

Los pueblos occidentales tienen como ritual el código cartesiano, de cuya interpretación me ocupo en la actualidad. En este código se encuentran las ceremonias para las dos clases de sacrificios: los que se hacían al dios del bien, Nape, y los que se efectuaban en honor de Manari, dios del mal.

La religión de los iberos del Norte era el culto á la vaca, y en determinadas épocas, ó con ocasión de algún suceso notable, se sacrificaba en el dolmen la vaca. Cuando una familia entraba en la religión, ó cuando un varón era declarado hombre por la tribu, se efectuaba un sacrificio con ceremonias curiosas.

Se escogía entre la piara de ganado una vaca que no hubiera recibido al toro, y se la conducía al cerco sagrado. En este lugar se reunían las gentes iberas, sin permitirles pisar la tierra sagrada, estando ésta limitada por grandes mojoneros de piedra clavados en la tierra. De estos lugares ó cercos hay una infinidad por los campos americanos, y no pocos por nuestro ibero suelo.

Cuando la vaca estaba colocada en el centro,



4.—Dolmen llamado de Madorra

el neófito ó neófitos colocaban su mano diestra en los cuadriles de la res, y el sacerdote les hacía presente los compromisos que tenían desde aquel momento para con la tribu, cuáles eran sus derechos y deberes, exigiéndoles juramento de que serían fieles á la fe jurada, y que, si faltaban á él, el dios del mal habitaría en su ser, se reflejaría en su rostro y, por impuros, se les expulsaría de la tribu.

Terminado el juramento, se conducía la vaca al dolmen, donde recibía muerte de manos del sacerdote, el que arrancaba el corazón de la res y se lo enseñaba á su pueblo, que prorrumpía en gritos de júbilo, mientras el neófito ó neófitos se untaban el rostro y las manos con la sangre de la vaca. El cadáver era conducido al pueblo, en cuya plaza las doncellas habían formado una pira donde se depositaba la res, dando, acto seguido, fuego á la pira. Las doncellas danzaban alrededor de la hoguera, y los neófitos declarados ya hombres escogían, entre las vírgenes del pueblo, la que, desde aquella noche, había de ser su compañera.

Entre los pueblos occidentales y el ibero, no hay más diferencia que el animal que se sacrificaba, siendo en éstos la vaca, y en aquéllos el venado.

En el sacrificio humano, como en el animal, se observan los ritos consiguientes, diferenciándose ambos. El que yo vi entre los cuchitecos, en las márgenes del río Chapas (Méjico), se efectuó en la forma siguiente:

En torno de un dolmen igual al de los iberos, se congregó un gentío inmenso: los hombres con armas, y las hembras con vasijas llenas de pulque. La misión de la mujer en estas ceremonias, consiste en dar de beber al hombre, y éste, que ocupa el primer término, suspende la bebida en el momento que llega el cortejo. Este lo forman

el gran Pistaco, con el rostro cubierto con una máscara negra; siguen cinco sacerdotes con máscara, siendo la del primero de oro, y de plata las cuatro restantes; á éstos les preceden el portapipas y el gran consejo de ancianos, y detrás de éstos, entre los más valientes guerreros, el ser que se le va á sacrificar, atado si es prisionero ó forzado, y suelto si es voluntario.

Cuando llegan al dolmen, el gran Pistaco se coloca en el costado derecho; los ancianos y el portapipas detrás; el Pistaco de la máscara de oro, en la parte más alta del dolmen, y los cuatro restantes, dos en cada costado de la piedra de sacrificios. Una vez colocados los pistacos, el gran sacerdote enseña al pueblo el fatídico cuchillo de sílice, y reza unas oraciones, con las que pide que el gran espíritu reciba como ofrenda el sacrificio de un ser humano.

Terminadas las oraciones, los guerreros tienden sobre el dolmen al ser que, de una manera terrible, va á perder la vida; los cinco Pistacos le sujetan: el de la máscara de oro, la cabeza, y los restantes de los pies y manos, y la espeluznante operación da principio.

El gran Pistaco, con el cuchillo de sílice, rasga de un solo tajo el vientre de la víctima; arroja sobre el dolmen las vísceras; introduce sus dos manos en el cuerpo de aquel desgraciado; rasga con el arma de piedra todo cuanto se opone á que llegue al corazón; corta, destroza, mutila, hasta que sus manos encuentran la viscera vital; la aprieta entre sus puños; la separa de un solo tajo; la extrae, y, palpitante, sangrando, con vida, la enseña á su pueblo, que exhala gritos salvajes, cánticos que parecen blasfemias, mientras que sus guerreros danzan y las músicas dan al viento notas infernales.

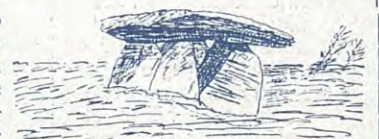
Es imposible decir lo que mi alma sintió al presenciar este sacrificio; no se puede describir lo que pasa por el ser cuando ve la muerte en los ojos de la víctima; ojos que pierden sus destellos en el infinito; miradas que marchan á regiones ignotas; ojos de mártir; ojos que reflejan el dolor de la muerte, con chispazos de rabia é impotencia, ó con reflejos de fe divina, inmensa y sobrenatural; chispazos que parten de unos ojos que mueren en las tinieblas para vivir en la luz.

¡Qué cosas nos contarían los dólmenes iberos! Nos dirían, si pudieran hablar, historias de odios y de amor, historias de epopeyas y rencores, como las que se presienten entre las sombras de los calabozos de nuestra Santa Inquisición.

CÉSAR LUIS DE MONTALBÁN



5.—Ídolo de piedra de Apuc-Yurac (Bolivia)



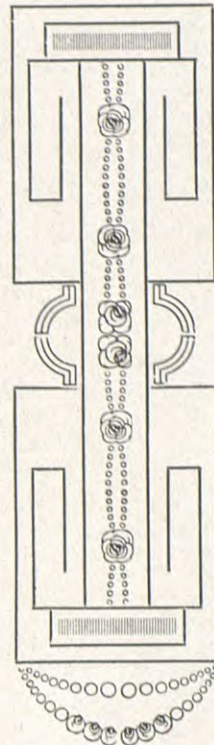
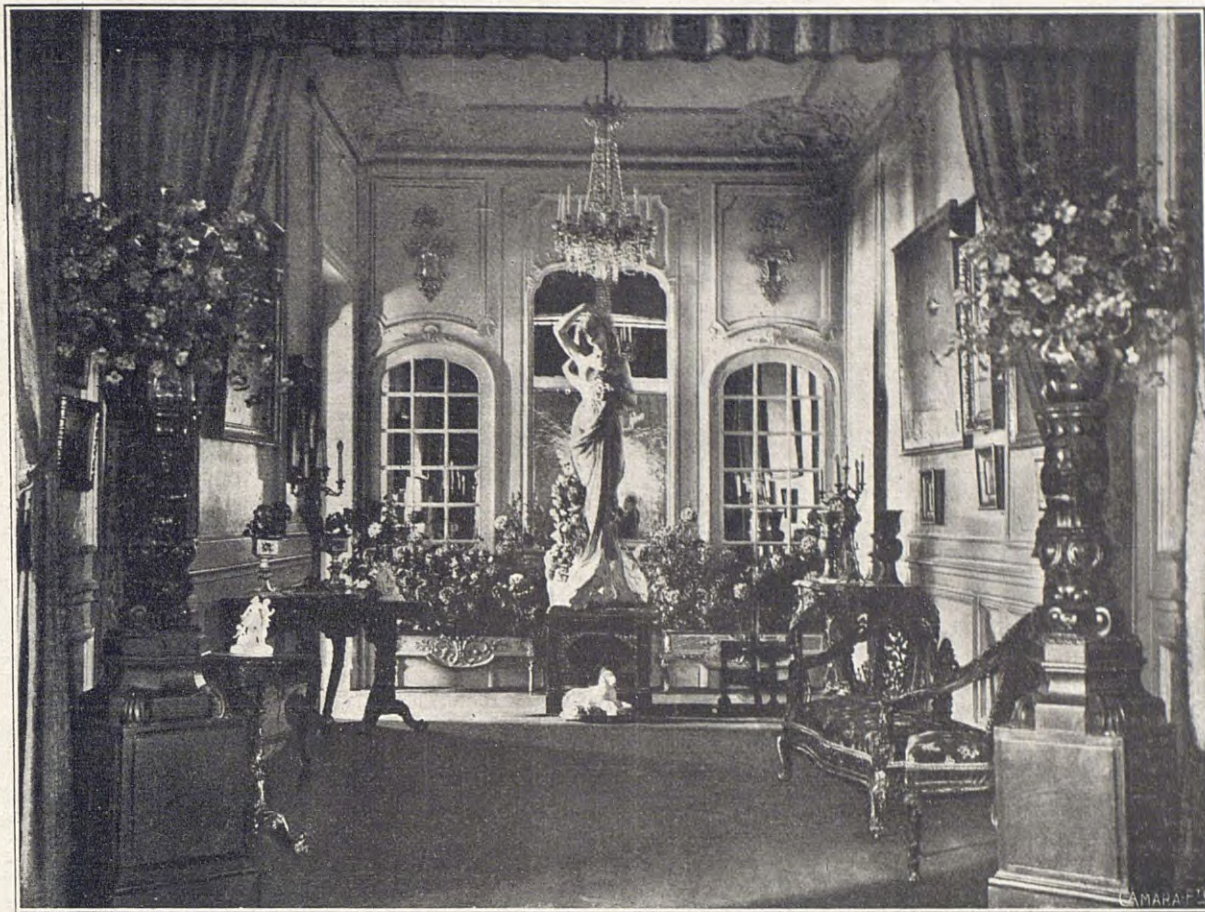
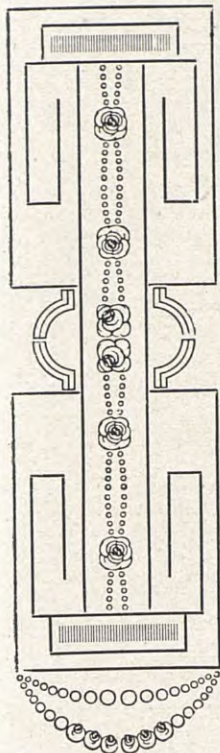
6.—Dolmen de Dombate



7.—Jeroglífico encontrado en Casas Viejas (Cádiz)



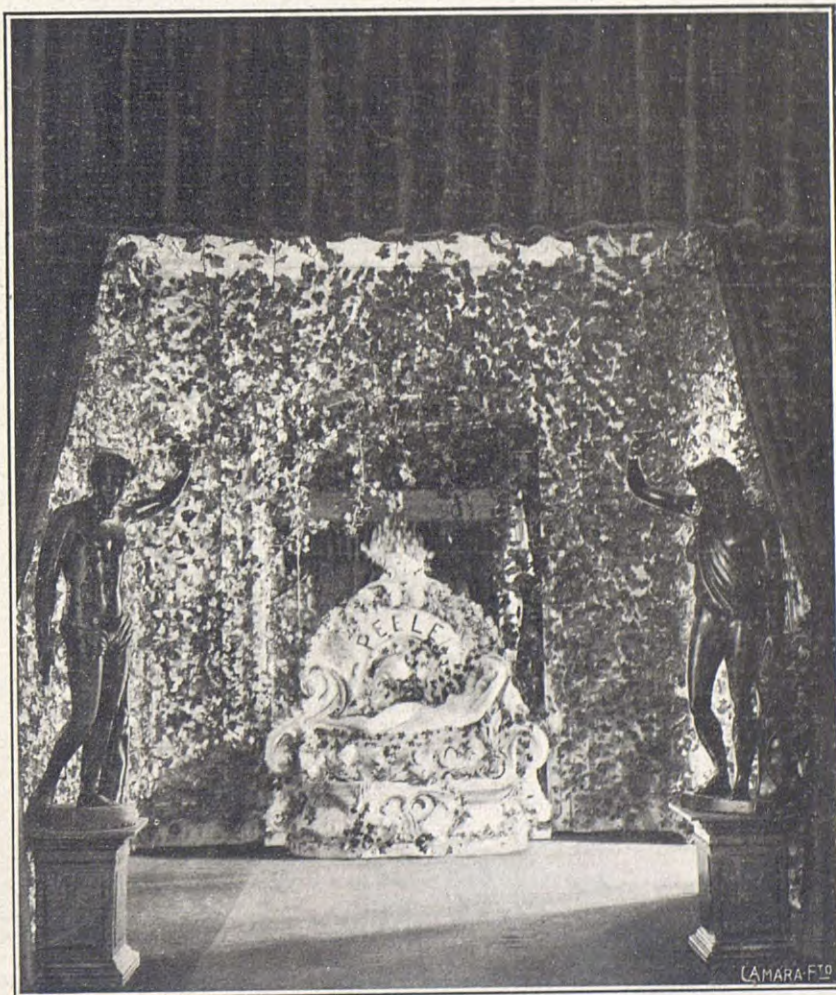
La instalación de la "Casa Peele"



Una vista del soberbio "hall" de la "Casa Peele"



Centro del "hall" de la "Casa Peele"



Fuente en el "hall" de la "Casa Peele", obra del escultor D. Salvador Llongarri

Algunas vistas del "hall" de la "Casa Peele" en la Carrera de San Jerónimo, 40, de Madrid, cuya instalación, por su riqueza y exquisito gusto artístico, está llamando poderosamente la atención del mundo elegante

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



LAMPARAS PHILIPS

ARGA 25 bujías, 3,25 pesetas.
32 " 3,50 "
MEDIO WATIO 50 bujías, 5,75 pesetas.
100 " 9,00 "
Economía 50 por 100 Luz blanquísima
Depositarío:
GUILLERMO STON
Goya, 49 MADRID

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

HIPOFOSFITOS: = SALUD

DA VIDA
Y
VIGOR
A LOS
DEBILES



AVISO: AL COMPRAR EL FRASCO FJARSE SI CON TINTA ROJA SI LEE "HIPOFOSFITOS" SALUD EN LA ARGENTINA PIDASE "HIPOFOS" SALUD

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

CONSERVAS TREVIANO

LOGROÑO

SIBERIA

FOIE GRAS Trufado "SIBERIA"
el mejor sobrealimento. Muy útil para sandwiches y emparedados.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

OBRA NUEVA

EL AÑO ARTÍSTICO 1917

POR

JOSÉ FRANCÉS

Un tomo de 430 páginas, en papel couché, con más de 300 grabados y cubierta á todo color y oro,

11,50 ptas. en rústica y 13 ptas. encuadernado

EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

BELLEZA

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis. 5 pesetas.

RHUM BELLEZA (á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. Quita las canas y las evita. Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva hasta para los herpéticos. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos. 2,50 y 4 pesetas caja, según tamaño.

En Perfumerías de España y América



CREMAS BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas. (blanca, rosada y natural). 4 pesetas.

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor. 6 pesetas.

LOCION BELLEZA La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, manchas y asperezas, la bendicen. Es inofensiva. 5 pts.

En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle Corriño, 393
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

LÓPEZ HERMANOS

"Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivero, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Unicos fabricantes del incomparable **ANIS MOSCATEL**, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores, pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantizados del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confían. Para más detalles, pidanse catálogos.